

EL LIBRO DE LAGARTO

Traducción de:
Le Livre de lézard

Asociación Española Guías y Scouts de Europa

PRÓLOGO

Mi querida Lagarto,

Llegaste a nosotras, las exploradoras, con toda la riqueza de tu juventud vivida con tus hermanos y hermana, en plena naturaleza.

Dices en uno de tus libros:

“Siempre estábamos cara a las cosas de la naturaleza; y la naturaleza ha sido una segunda madre para nosotros. Nos atraía mucho. Tan suavemente, casi a nuestro pesar, nos mostraba las cosas naturales: la historia de las vidas pequeñas; la fragilidad de la vida; su dureza también; la maldad de algunas criaturas; la belleza de otras; la desigualdad por doquier. También las grandes leyes del crecimiento, de la reproducción, de la conservación, de la muerte; sus fuerzas frente a las cuales el hombre es pequeño.”

También nos dices: “Nuestra madre nos hablaba poco... Pero todo en su actitud y en su conducta decía: “Sed felices; sed sanos de cuerpo; sed sanos de espíritu; y humildes frente a la vida; no exijáis demasiado a las personas ni a las cosas; pero sabed disfrutar del bello momento que se os concede; sabed sobre todo crear bellos momentos para vosotros y para los demás.”

“Y crecimos bajo esta influencia de manera que ya no se imponía, sino que se contentaba con envolvernos como la luz envuelve a la planta.”

Es toda esta riqueza, todo este gozo interior lo que te ha permitido afrontar las dificultades de la vida halladas más tarde; pero también, con tus poemas, dar tanto a las exploradoras.

Para nosotras que hemos participado en los comienzos de la actividad de las exploradoras en Ginebra, ¡cuántos recuerdos evocan tus poemas! Éramos una gran familia, nos conocíamos todas. Fue así como ocupaste un lugar muy especial entre nosotras.

Habíamos adoptado la tradición india de los tótem que intentan definir una

personalidad. Y el tuyo: “Lagarto” ¡te iba tan bien!

Un lagarto: un pequeño ser, solitario en su pared; atraído por el calor del sol, la belleza de la naturaleza, la música; contempla el mundo.

Como él, con toda sencillez, vives aislada, en retiro; necesitas el calor del sol, del afecto humano; amas la naturaleza y la música, cantan en tus poemas; contemplas el mundo y lo observas, pero también le aportas toda la riqueza de tu vida interior, de tu impulso poético, del esfuerzo de todo tu ser.

“Esfuerzo hacia la belleza.

¡Oh! belleza que venga tu reino.

Esfuerzo hacia la bondad.

¡Oh! bondad que venga tu reino.

Esfuerzo hacia la inteligencia y la comprensión,
la justicia y la verdad.

Un gran esfuerzo, y además un canto de alegría.”

Tus poemas, tu mensaje, mi querida Lagarto, han sido apreciados por las exploradoras de antaño, pero la juventud actual también es sensible a ellos. Han sido traducidos a numerosas lenguas y es para responder a las lectoras de habla francesa por lo que este extracto de tus tres libros ha sido editado. Tus poemas han volado incluso hasta Brasil y Méjico. Contribuyen a dar una calidad de vida a las jóvenes.

Todas nosotras te damos un gran Gracias.

“Cigüeña”
Yvonne Cuénod

Ginebra, 22 junio 1980

Resumen biográfico

Nací en Moscú. Mi madre era rusa; mi padre suizo. El ruso fue mi primera lengua, la de mi primera infancia; poco después aprendí alemán; solamente más tarde, el francés.

En Rusia, mi padre abrigaba un deseo: el de educar e instruir a sus hijos en su país. La Suiza francesa era su país; y fue a Ginebra donde nuestro padre nos condujo, pues las escuelas de Ginebra tenían entonces en el extranjero la reputación de ser excelentes.

Al llegar a Ginebra yo tenía nueve años; éramos cuatro hijos: dos hermanas y dos hermanos; otros dos hermanos nacieron después, en suelo suizo; hoy son hombres.

La revolución que hizo de Rusia la U.R.S.S., privó a mis padres de sus recursos financieros. Mis hermanos no habían terminado sus estudios; yo acababa de obtener el diploma de la escuela secundaria: fue preciso encontrar rápidamente un trabajo y aportar una contribución al presupuesto familiar.

Mi vida de empleada comenzó en una agencia de publicidad; después trabajé con un constructor de chalets; luego con un abogado; al fin llegué a ser bibliotecaria en el Instituto de Botánica de nuestra Universidad.

Me acostumbré al trabajo regular comenzando a las 8 de la mañana, acabando a las 6 de la tarde; los primeros años fueron difíciles; y fueron las exploradoras quienes pusieron una nota alegre en el transcurso monótono de mis días un poco apagados. Me hice miembro de su joven asociación y trabajé trece años con ellas; he escrito para ellas; para ellas y para mi.

Habiendo muerto mi padre; mi madre, anciana y enferma; yo misma, cansada, sentí que había llegado el momento de dejar en manos más jóvenes una actividad hecha para jóvenes. Dejé el movimiento y me consagré desde entonces únicamente a mis tareas profesionales y familiares.

Sal del cuarto estrecho...

Párate en un campo

Dedicado a Cigüeña

Ser auténtica

Ser auténtica,
Transparente como el agua del lago un día de cielo azul.
Ser fuerte,
Fuerte como la roca que ningún picapedrero puede romper.
Ser recta,
Recta como el álamo que se yergue en un campo.
Y sencilla,
Sencilla como la alondra que no tiene más que un canto que lleva al cielo en un impulso de alegría.

Si preguntas por qué

Si preguntas por qué soy exploradora, te diré: porque no puedo hacer otra cosa.
Sus ojos claros me han conquistado y su modo de estrechar la mano.
Y además su lealtad; la sencillez de sus relaciones.
Esa manera de irse a vivir al campo y amar la naturaleza, y de amar a las personas más que a una misma, y ayudarles con su pequeño poder, día tras día, cuanto se pueda.

Derrama la alegría.

Derrama la alegría...
Derrama la alegría en tu camino, en nuestros caminos.
Di, ¿no quieres esparcir alegría?
¡Oh, sí! Claro que quiero, pero ¿dónde encontrar la alegría?
Yo conozco un país; su nombre es la Ley.
En ese país habitan la Verdad, la Voluntad, la Inteligencia, la Belleza, la Bondad y la Alegría.
Comienza por la Verdad.
Ésta navega por un lago azul, y la vela blanca de su barca se destaca en el cielo azul.
Espera pacientemente; la Verdad no siempre se apresura, pero llega siempre.
Cuando te haya visto y reconocido, te dirá:

Se auténtica.

Que jamás una mentira roce tus labios, ni murmuración, adulación o inexactitud alguna.

Que tu sí sea sí; que tu no sea no; que tu promesa sea una promesa; tu testimonio, un testimonio; tu veredicto, un veredicto.

Obedece esta orden y habrás conquistado tu primer haz de alegría.

A continuación, parte en busca de la voluntad.

Habita en el bosque de robles.

Es grande como los robles y fuerte como los robles.

A su alrededor, verás todas las energías del mundo sujetas por ella; cohibidas por ella; dominadas por quien se sirve de ella.

A su servicio.

No temas su ruda apariencia; es buena; te dirá sencillamente:

Domínate.

Cuando la cólera te trastorne, cuando una palabra vaya a escaparse de tu boca y ensuciar el surco claro que recorra, domínate.

Cuando la cólera te agite, cuando tu brazo se levante para golpear, cuando tu pie tiemble sobre el suelo, domínate.

Cuando la locura te embriague, cuando el delirio te empuje de disparate en disparate, domínate.

Cuando la tristeza te envuelva con sus lienzos húmedos, cuando quieras llorar, domínate.

Cuando quieras gritar, domínate.
Obedece esta orden y habrás conquistado tu segundo haz de alegría.
Luego toma el camino de la roca llamada "la Gris".
Es allí donde mora la Inteligencia.
Su frente es atenta; su mirada parece escrutar el Infinito.
Es bella; es buena también.
No temas importunarla; te dirá dulcemente:
Comprende. Respeta.

Es decir, mira.
Es decir observa; sondea y excava; gira y vuelve el objeto encontrado.
Medita la palabra oída.
Intenta captar ese algo que te parece extraño
Procura asimilarlo, hacerlo tuyo.
Si no puedes, reconoce modestamente tu impotencia, y respeta al menos.
No condenes en seguida.
No rechaces en seguida.
No apartes la vista en seguida.
Obedece esta orden y habrás conquistado el tercer haz de alegría.
El camino que te queda apenas cuesta; conduce a la pradera verde, la
resplandeciente, donde viven juntas la Belleza y la Bondad.
Caminan sobre las altas gramíneas, y las semillas de diente de león echan a volar a su
paso; y los cardillos se enganchan en sus vestidos y las amapolas se deshojan en sus
cabellos flotantes.
Cantan; y su voz está llena de brillo y dulzura.
Siéntate.
Espera que se acerquen.
Se inclinarán sobre ti y no oirás más que un murmullo:
Busca lo bello.
Ayuda sin cansarte.

Obedece esta orden tan sencilla en apariencia y sin embargo complicada.
Es preciso un esfuerzo para todo: esta es una verdad antigua como el mundo.
Obedece esta orden y habrás conquistado dos ramitos más de alegría.
Y afortunada con esta riqueza, irás a encontrarte por fin con la Alegría sobre la cima
luminosa.
La verás, es una muchacha sonriente danzando en un rayo de sol.
Reirá al verte cargada como un borrico.
Te tomará de la mano y te dirá:
Ahora ve y derrama la alegría.

Que tu mirada sea una mirada de alegría.
Que tu sonrisa sea una sonrisa de alegría.

Que tu palabra sea una palabra de alegría.
Que tu gesto sea un gesto de alegría.
Inunda a los que te rodean de alegría; hace tanta falta en el mundo...
No temas darla demasiado.
No temas carecer de ella sobre todo.
Obedece esta orden y habrás conquistado la Alegría misma, la sonriente muchacha
que caminará siempre a tu lado.
Di, ¿no quieres derramar la alegría?
¡Oh, sí! Claro que quiero.

Sé tú misma una obra de arte

“Sé tú misma una obra de arte.”

Has leído estas palabras, la otra tarde, a voz en grito , y ahora me persiguen.
Ser tu misma una obra de arte... algo que se yergue y se impone por la pureza de su forma y la verdad de su fondo.
Algo que conserva su propio valor incluso aunque se arroje a la basura o se salpique de barro.
Algo que ya no cambia.
Algo acabado.
Quisiera ser una obra de arte.
Algo que se eleva como el sonido de las campanas.
Algo que sosiega como el cielo lleno de estrellas.
Algo que calienta como el sol.
Algo que regocija como las flores o los bichos del campo.
Me gustaría ser una obra de arte.
Pero dime, ¿cuál será la mano que trabajará mi arcilla y cuál será la fuerza que modelará mi tierra?
Sé tú misma una obra de arte...

Elegir la buena dirección y después partir

Elegir la buena dirección y después partir.

Seguir al río hasta su fuente.
Saltar por encima de las raíces de los olmos.
Apartar las zarzas que se enganchan al vestido.
Y el escaramujo que da en la cara.
Seguir el río, remontar su curso.
Saltar de piedra en piedra.
Dejar al agua entrar en las sandalias.
Bañar en el agua fresca los pies calientes.
Remangar la falda.
Sumergir los brazos y las piernas.
Y después continuar su curso a lo largo del río hasta su fuente.
Sentarse sobre un tronco en medio del lecho.
Apoyar la mochila en las rodillas y permanecer allí, inmóvil, mientras el martín-pescador pasa como una flecha azul; mientras los corre-aguas navegan sobre el agua clara como largas arañas de cuatro patas.
Comerte el pan y chocolate mientras la ardilla roe sus brotes y el pájaro carpintero pica la corteza.
Escuchar los ruidos de la vida, en ese rincón perdido donde los hombres apenas se detienen.
Vida de la cantárida que se balancea sobre la poa.
Vida de la rana que se mece sobre las hojas lisas del botón de oro.
Vida de las escolopendras que duermen enrolladas bajo las piedras, y los gusanos que se arrastran por el suelo.
Vida de los tritones, los pájaros, las mariquitas, los lagartos..
Vida de todos esos bichitos que danzan y saltan, que vuelan y hormiguean, que nacen y mueren como nosotros... como nosotros..
Vidas desconocidas que transcurren allí, envueltas en el aliento cálido del verano y el perfume de las flores que se abren.
Escuchar, sentir, mirar, y después volver a seguir la corriente, a lo largo del río, hasta su manantial.
¡Qué largo es!
¡Qué duro a veces!

A medida que el cauce se hace más estrecho, las plantas son más numerosas, más apretadas, y las piedras más puntiagudas.

Los brazos se arañan.

Se tuerce el pie.

Eso no importa.

Enamoradas del esfuerzo y de la naturaleza salvaje, iremos hasta el fin.

Remontaremos el río hasta su fuente...

Hasta su manantial.

Párate un momento

Párate, un momento y ven a sentarte aquí.

Observa la línea tranquila del campo que se extiende ante ti.

Reposa.

Di ¿no quieres descansar?

¡Cuanto has trabajado hoy y cómo te has apresurado!

Te he visto ir y venir con la escoba en la mano.

Has quitado todas las telas de araña de la casa y todo el polvo.

Has limpiado los cristales de las ventanas y los azulejos de la cocina.

Y te has dado buena prisa; porque querías además hacer brillar los peroles y las cacerolas.

¡Era demasiado!

¿Por qué abarcar tanto en una sola jornada?

¿No hay mañana?

Llega la noche.

El sol se pone en un cielo de oro; pero tu no lo has visto.

No has visto nada.

Dentro de casa te absorbían demasiado tus ocupaciones.

Ahora que te has relajado y que la hora del reposo ha llegado,

sal de tus estrechas habitaciones y ven a sentarte aquí,

junto al zarzal florido, ante este gran espacio tranquilo,

sola, cara a la noche que cae.

Di, ¿no quieres venir?

El orden y la limpieza te son necesarios.

No has perdido tu jornada.

Lo que has hecho, lo has hecho muy bien.

Pero no olvides, no lo olvides, te lo ruego,

que el hombre no puede vivir solamente de orden y limpieza.

A tu alma que tiene sed de belleza, concédele una hora de armonía.

A tu inteligencia que tiene sed de conocer, concédele una hora de estudio.

A tu corazón que tiene sed de amar, concédele una hora de amor.

A tu conciencia que tiene sed de Dios, concédele una hora de silencio.

Partir por la mañana

Partir por la mañana sin haber previsto la salida.

Poner en la mochila lo que se encuentre en el armario de la cocina; un pico de pan, un trozo de queso.

Y después irse, al azar, sin pedir nada al día que despierta y que viene a nosotros con su riqueza desconocida.

Irse al azar...

Dejar a los pájaros revolotear ante ti; no asustar al mirlo que canta en el seto; no arrancar el majuelo que alimenta a las abejas; no aplastar a la oruga que se arrastra por el suelo.

Irse al azar, solo y silencioso a través de las viñas cuya tierra pesada se pega a los zapatos; a través de los campos húmedos donde la vanesa precoz busca las primeras flores; a lo largo de las lindes del bosque donde, bajo las hojas muertas del último año, se desliza el lución y dormita el sapo.

Irse al azar sin haber previsto nada.

Saltar de un brinco el obstáculo del camino.

En un impulso de alegría, saltar por encima de la piedra.

Tomar como refugio el árbol que se presenta y por asiento, el mojón del camino.

No temer a la lluvia que chorrea, ni el viento que nos sopla en la cara.

No temer los granizos que caen con ruido de perlas sobre el camino duro y sobre las hojas.

No tener miedo del frío que hace doler las manos, ni del calor que vuelve tan pesadas y tan tristes las plantas sedientas.

Ser más fuerte que el sufrimiento.

Más fuerte que la pobreza.

Generoso como un manzano cubierto de fruta.

Tranquilo como un campo de trigo maduro

mantenerse entre los hombres, como la iglesia en medio del pueblo.

Cantar tu canción a través del mundo como la campana del campanario.

Irse al azar, sin pedir nada a la vida, si no es su belleza y su lento transcurso.

Irse al azar... sin pedir nada.

Pero aceptar, feliz, la ofrenda de la hora que pasa, feliz, feliz, el don del día.

Deja solamente ese pequeño tragaluz abierto sobre el jardín del mundo

Dedicado a Rebeco

No te pido nada.

Cierra todas las puertas si quieres, y todas las ventanas.

Deja solamente ese pequeño tragaluz abierto sobre el jardín del mundo, a fin de que pueda contemplarlo, y el perfume de las flores pueda llegar hasta la habitación estrecha que me has destinado.

Un jefe

Un jefe es un camarada, un compañero leal con quien se puede contar.

Aquel que se va solo en busca de la belleza, y la trae a los demás, y les conduce hacia ella.

La Promesa

Ante este fuego tranquilo, ven a hacer tu Promesa.

No es difícil; no es audaz; no es presuntuoso prometer que se quiere hacer todo lo posible por servir a Dios; ayudar al prójimo, obedecer la Ley.

No es difícil porque tu no prometes no fallar jamás; no prometes no desobedecer, no equivocarte nunca; eso no podrías porque no eres una santa; no más que yo; no más que cualquiera de nosotras.

Solamente prometes hacer todo lo posible ... lo que puedas; como puedas; lo mejor.

Ante este fuego tranquilo, ven a hacer tu Promesa.

La Promesa es una fuerza; una dirección que das a tu esfuerzo. Y el esfuerzo te conducirá de etapa en etapa , a través de la vida, hasta el fin que te has propuesto.

La Promesa es una fuerza.

Cuando la hayas hecho, no serás mejor; serás más fuerte. Y si llegas un día a vacilar, a no saber bien si tal cosa se puede hacer o si es de las que no se deben hacer, recordarás que una noche, ante un fuego tranquilo, a la hora en que las claridades se velan, cuando los ruidos se calman, junto a hermanos que tenían el mismo ideal que tú, prometiste servir a Dios, y ya no dudarás.

Sabrás si se puede hacer o si es de las que no deben hacerse.

La Promesa es una fuerza.

No siempre estarás tan bien dispuesta como hoy. No tendrás siempre esta alegría desbordante o esta tranquila serenidad, porque hay tormentos en la vida, grandes cansancios, penas de niño y tristezas de adultos, repentinas incertidumbres. Entonces, quizás, una triste mañana de un triste día te dirás: “¿Para qué todo esto?...” y después recordarás que una noche, ante un fuego tranquilo, a la hora en que las claridades se velan, cuando los ruidos se calman, junto a hermanos que tenían el mismo ideal que tú, prometiste servir a Dios.

Y ya no dirás: “¿Para qué todo esto?”, sino que porque no tienes más que una palabra; porque tu alma es sencilla y recta; porque no puedes servir a dos señores, ni obedecer a dos leyes que se contradigan, permanecerás fiel a tu Promesa: servirás a Dios, ayudarás a tu prójimo, obedecerás a la Ley.

La Promesa es una fuerza.

Otros lo han hecho antes que tu.

Otros la harán después que tu.

Siempre es lo mismo; la misma disciplina que se impone libremente; la misma obediencia y el mismo servicio que se elige libremente.

Libremente has venido a nosotros y libremente has marchado con nosotras. Conoces a las exploradoras; su Ley; su ideal. Sabes lo que debes ser: una muchacha sencilla y fuerte; activa y alegre.

Sabes lo que debes llegar a ser; una mujer sencilla y fuerte, activa y serena.

Sabes todo esto y lo quieres así.

Ante este fuego tranquilo, ven a hacer tu Promesa.

Sencillez

“Que yo haga de mi vida una cosa sencilla y recta, semejante a una flauta de caña, que puedas llenar de música”.

Tagore

Hacer de tu vida una cosa sencilla y recta.
Ser una misma sencilla y recta.

No quiero rezar oraciones, esta mañana.
El más bello culto que podemos ofrecer a Dios, es nuestra alegría, y además ese gran esfuerzo que nos impulsa, día tras día, a ser mejores.

Subid hacia donde están los abetos; y cuando estéis solas y tranquilas, ofreced a Dios la adoración que canta dentro de vosotras y la alegría saltarina que hace vuestros días ligeros.
El más bello culto que podemos ofrecer a Dios, es nuestra alegría, y además ese gran esfuerzo que nos impulsa, día tras día, a ser mejores.

Pero ya que estamos juntas y es domingo, olvidemos un instante lo que tengamos que hacer, todos nuestros trabajos y nuestros juegos, y pensemos en nuestra vida.
Esta vida que hemos recibido, de la que una parte ya ha sido vivida, y otra aún nos queda por vivir, y que transcurre, hora tras hora, tan lentamente, que a veces nos olvidamos que debe acabar.
Tu vida...
Dime, ¿qué quieres hacer de tu vida?

El poeta responde : “Que yo haga de mi vida una cosa sencilla y recta, semejante a una flauta de caña que puedas llenar de música”.

Hacer de tu vida algo sencillo y recto.
Ser tu misma sencilla y recta.
Sencilla, como las flores de los campos y como las hierbas. Crecen una junto a otras. Sus corolas y sus tallos se confunden, pero no cambian de tipo, ni de color, ni de perfume; el trébol rojo permanece rojo; y la salvia azul permanece azul; y el cornejo

amarillo permanece amarillo; y los corazoncillos de brisa tiemblan siempre, mientras que las avenas más altas se inclinan ; y las dedaleras más firmes se yerguen.

Y desde el día en que germinan y brotan, hasta el día en que se deshojan y se marchitan, las flores y las hierbas permanecen fieles a sí mismas, a la especie que han recibido.

Y si las recoges, o si algún otro pasa para cogerlas, siempre es lo mismo. Las flores no cambian, ni las hierbas. Ofrecen sus corolas abiertas a la mano sucia que se tiende para tomarlas, así como a la mano limpia. Conservan el mismo color y el mismo perfume ante un pobre o ante un rico; ante un niño y ante un adulto.

Las flores no cambien; ni las hierbas.
Son como son: trébol rojo o escabiosa malva; esparceta rosa o retama amarilla; campanilla azul o margarita blanca.
Vosotras también sed sencillas como las flores del campo y las hierbas.
Permaneced fieles a vosotras mismas...
No tengáis más que un color a través de la vida; un único y mismo perfume.
No cambiéis cada día.
No seáis rojas con vuestra familia; azules con vuestros amigos y amarillas en vuestro trabajo.
Sed sencillas...
Siempre lo mismo; en todas partes lo mismo.

No vengáis a mí, sonrientes y graciosas, si una hora antes habéis sido desagradables con cualquier otro.
No seáis activas y trabajadoras aquí, en el campamento, y después, flojas y perezosas en casa.
No seáis buenas con unos, malas con otros. Educadas aquí, groseras allá. Dulces hoy y violentas mañana. Limpias el domingo y sucias los demás días.

Mirad las flores del campo.
No tienen más que un color durante toda su vida; un único y mismo perfume.

Sed sencillas.
Siempre lo mismo; en cualquier sitio lo mismo.
Que no se os vea un día con dos trenzas, un vestidillo y sandalias, y al día siguiente, con un complicado peinado de ondas y rizos, zapatos de tacón alto y un vestido curiosamente ceñido.

Sed sencillas.
No tengáis dos vidas.

Aquello que no puedes hacer ante tus compañeras y tus jefes, no es preciso que lo hagas a su espalda.
Y lo que no puedes decir en voz alta, no es necesario que lo cuchichees a escondidas.

Sed sencillas.
No seáis dobles.
No cambiéis según el lugar en que os encontréis y las personas con las que estéis.

Mirad las flores del campo y las hierbas.
Ya estén solas o con otras, se las mire o no, siempre son lo mismo.
No tienen más que un color a lo largo de toda su vida; un único y mismo perfume.

Ser siempre lo mismo, y hacer de tu vida algo sencillo y recto semejante a una flauta de caña que desgrana los sonidos más dulces y las notas más graves.
No hay límites, ni rodeos, ni secretos: nada más que una línea recta y el soplo que pasa...
“Que haga de mi vida algo sencillo y recto, semejante a una flauta de caña que pueda llenar de música”.

Solidaridad

La solidaridad es primero el pensamiento, y luego la acción que va de un hombre a otro hombre, y que les une por la necesidad que sienten unos de otros; por la responsabilidad que tienen unos con otros y por la fuerza que les impulsa cuando, todos juntos, trabajan en una misma cosa.

Estabas sola en tu jardín y cogías las judías que habían madurado a lo largo de las estacas.
Cogías y cogías pero siempre quedaban más.
Si solamente los pájaros hubieran bajado del cerezo para venir en tu ayuda, ¡Cuánto más deprisa se hubiese acabado el trabajo! Pero estabas sola.

Era un día de fiesta.
La comida de fiesta había terminado.
Toda la familia: padres, hijos, amigos habían ido a sentarse a la sombra de los nogales, sobre la hierba corta y fresca.
Estabas sola en tu cocina; el aire cálido aún estaba impregnado con los aromas del guiso.
Allí estaban los montones de platos, tenedores, cucharas, cuchillos, y además, las cacerolas que se habían utilizado: todo un mundo de vajilla que había que fregar.
¡Tu fregabas y fregabas, pero siempre quedaba algo!
Si un sólo camarada hubiera dejado el jardín para venir en tu ayuda, ¡Cuánto más deprisa se hubiese acabado el trabajo! Pero estabas sola.
No permitas que uno solo haga todo.
No permitas nunca que uno solo haga todo; que uno solo tenga la preocupación, la responsabilidad de todo.
Levántate decididamente y solicita tu parte de fatiga.
Compartir.

Estar solo ante un largo y duro trabajo, es tan decepcionante.
Sí, ciertamente, el trabajo será hecho, ya que es preciso; pero ¿cuándo estará hecho?
Estar solo ante un largo y duro trabajo, es tan decepcionante.
Unirse.
Ser veinte en lugar de uno.
Tener cuarenta manos en lugar de dos.

Veinte cerebros en lugar de uno sólo, para reflexionar y pensar.

Unirse.

Ponerse todos juntos a cumplir un mismo trabajo; para defender una misma idea; para perseguir un mismo fin; para vivir una misma vida.

Sola, ¿qué puedes hacer, dime, completamente sola?

Nada o casi nada.

Ni siquiera sabes preparar el pan que te comes; ni hacer los zapatos que calzas. Y por la noche, cuando enciendes una cerilla para iluminar la oscuridad de tu cuarto, ¿piensas que esta cerillita ha pasado por unas cuantas manos de personas antes de llegar a la tuya?

Sola, ¿qué puedes hacer, dime, completamente sola?

Nada o casi nada.

Pero llama a tus compañeros: hazles partícipes de tu proyecto, pregúntales lo que piensan y lo que pueden hacer; comparte el trabajo según las capacidades de cada uno; y todos juntos, construid el castillo de vuestros sueños que no será jamás construido si esperas el día de construirlo completamente sola.

Mira las abejas: se unen a centenares para habitar una misma colmena.

Sola, una abeja jamás llegaría a hacer miel, porque ella no puede realizar todos los oficios a la vez.

Todas las abejas no saben fabricar cera, pero las que sí saben, construyen las celdas que componen el panal.

Todas las abejas no saben libar; pero las que saben, vuelan hacia los campos para recolectar el jugo de las flores.

No todas las abejas saben educar a las crías; pero las que saben hacerlo permanecen en la colmena y se convierten en nodrizas.

No todas las abejas saben preparar la comida de la reina; pero las que saben, preparan esa comida especial y son las sirvientas.

Todas las abejas no saben ser reinas; pero la que sí sabe, llega a ser la reina, madre de la colmena, la que perpetúa la raza.

Mira las hormigas: se unen a centenares para construir un hormiguero. Miles y miles han aportado su pajita, su aguja de pino, su grano de tierra.

Ahora el hormiguero se eleva sólido contra el tronco de un árbol.

Nada se mueve.

Parece que todo reposa, y sin embargo, en el interior, el trabajo continúa: en las galerías, tal hormiga se ocupa de las larvas; tal otra, de los pulgones; ésta de las provisiones de invierno; aquella, del cultivo de los champiñones.

Igual pasa con los hombres; no hacen todos lo mismo, pero todos hacen algo.

Hay quien parte piedras y quien construye muros.

Hay quien siembra el trigo y quienes recogen los frutos.

Hay quienes amasan el pan, y otros que sacan el carbón de la tierra.

Hay quienes estudian y quienes enseñan.

Otros que cuidan y curan.

Otros que cantan.

Otros que rezan.

Otros que hablan.

Hay quienes cardan y esculpen.

Hay quienes cortan y tallan.

Hay quienes bordan y tejen.

Hay quienes piensan.

Hay quienes buscan.

Hay miles y miles y no puedes olvidar ni uno solo, porque necesitas de todos los que existen o han existido, y que, a través de los siglos, han concebido, fabricado o forjado todo lo que tienes; todo lo que amas; todo aquello que necesitas.

Y por eso, si la Solidaridad pasase en este momento por este lugar, te diría:

“Exploradora, no trabajes solamente para ti, sino para tu grupo; no sólo para tu grupo, sino para tu sección; no únicamente para tu sección, sino para todas las secciones, para todas las exploradoras del mundo; no solamente para todas las exploradoras del mundo, sino para todo el mundo... a fin de satisfacer la deuda que has contraído hacia las personas conocidas y desconocidas que, sin que lo quieras y sin que lo sepas, trabajan para ti, día tras día, a veces muy duramente”.

- Trabajar para todo el mundo, ¿cómo se hace eso?: no tengo inteligencia, ni talento, ni habilidad ninguna; ¿Qué puedo hacer por los demás? ¡Yo no se nada!

-¿No sabes nada? ¿Quién te ha dicho eso?

¿No sabes respetar la propiedad de otro?

Cuando ves un manzano cubierto de manzanas, que no te pertenecen, ¿no dejas las manzanas en el manzano?

Y cuando ves un rosal cubierto de rosas, y que no te pertenece, ¿no dejas las rosas en el rosal?

Adán solo, en el jardín del Paraíso, antes de que Dios hubiese creado a Eva, tenía derecho de tomar todos los frutos de todos los árboles; todas las flores de todos los campos; todos los pájaros, todos los animales, los grandes y los pequeños, porque estaba solo sobre la tierra, y porque toda la tierra le pertenecía.

Ahora, hay millares y millares de hombres entre los que hay que compartir las cosas de la tierra, y no se debe coger lo que no nos pertenece.

Al respetar la propiedad de otro, trabajas para mantener el orden y la benevolencia entre los hombres y eres solidaria con los demás.

¿No tienes atenciones para con los demás?

¿No sabes ser cortés y respetuosa?

¿No sabes comportarte como mujer honrada?

Solo Adán, en el jardín del Paraíso, antes que Dios hubiese creado a Eva, habría podido hacer todas las locuras que le hubiesen pasado por la cabeza; habría podido recorrer de noche los caminos de la tierra desierta, y cantar las canciones más escandalosas. Eso no hubiese perturbado a nadie; quizás las hojas de los árboles se habrían asombrado, y las estrellas del cielo; pero ningún niño pequeño se habría despertado, ningún enfermo se habría asustado porque Adán estaba solo.

Pero ahora, hay millares y millares de hombres, que viven muy cerca unos de otros; nuestras casas se tocan, y de apartamento a apartamento, escuchamos lo que pasa en casa de nuestros vecinos, y el ruido de fuera nos llega por las ventanas.

La noche ha sido hecha para el reposo; respetemos el reposo de la noche; seamos silenciosos como ella.

No debemos hacer todas las locuras que se nos pasen por la cabeza a causa de los demás; por consideración a los demás; por respeto a los demás; y porque somos solidarios unos con otros.

Compartir...

¿No sabes compartir? ¿dar a los demás un poco de lo que tu posees?

¿Ves justo que unos tengan todo y otros nada?

Cuando vuelves a mediodía de tu trabajo, encuentras tu comida, por sencilla que sea.

Por la noche, cuando estás cansado, puedes acostarte en una cama, por pequeña que sea; y, para salir, tienes ropa, un abrigo, zapatos.

Pues bien, hoy día, hay, en países que no están muy lejos del nuestro, niños de tu edad y más pequeños, que no tienen alimento, que no tienen ropa y que no tienen cama.

Ser solidario, es no permitir que haya alguien que no tenga nada.

Ser solidario, es pensar en los demás; es dar, compartir, ayudar.

Y si todavía te parece que no puedes hacer nada por el mundo, porque no eres un hombre de ciencia, ni un hombre de letras, ni un artista genial, ni ninguna especie de gran hombre, te diré esto:

Eres una mujer.

Un día serás madre; y tendrás un niño que será tuyo, y que se parecerá a ti porque la naturaleza quiere que los niños se parezcan a sus padres.

¿Quieres dar al mundo un hijo como tu?

No. - Entonces haz de ti lo que tú quisieras que tu hijo sea.

Forma tu carácter y labra tu alma; no puedes trabajar mejor por el mundo para satisfacer un poco de la deuda contraída con los hombres conocidos o desconocidos que, sin que lo quieras y sin que lo sepas, trabajan por ti, día tras día, a veces muy duramente.

Bondad

Quisiera decirte algo que quede y cante en ti como un violón. Pero para esto, necesitaría ser poeta...

Quisiera decirte algo que te quede; que estimule tu esfuerzo y que te impulse hacia adelante. Pero para esto, necesitaría ser un jefe...

Quisiera decirte algo que te quede; que cautive tu alma y que te haga saltar de alegría en los senderos del mundo. Pero para eso, tendría que ser un dios...

Te hablaría, esta noche, de la bondad solamente, porque la bondad entre los hombres es como el perfume en las flores; como el canto en los pájaros; como el viento entre las hojas; como el sol en medio del campo.

Tienes que ser buena.

No débil; ni floja; ni indiferente ante las cosas feas que se hacen; ni tolerante con todos los lenguajes y todas las acciones, sino infinitamente buena.

La bondad no critica.

No juzga.

No condena.

No desprecia.

No piensa mal de los demás.

No cree el mal de los demás.

No habla mal de nadie.

No hace mal a nadie.

Criticar... es muy fácil.

Hablar mal... se hace demasiado pronto.

“La sección Balsamina no es una sección “chic”. Son chicas que se creen superiores a las demás”.

- ¿Quién te lo ha dicho?

- Nadie, pero todo el mundo lo dice.

- ¿Todo el mundo? ¿Quién es todo el mundo?

- No se, pero he oído decir que la sección Balsamina no era una sección elegante.

- Y tú, personalmente, ¿conoces alguna exploradora de esa sección?

- No.

- Entonces, ¿por qué extiendes un rumor que quizás es falso? ¡Si supieras lo rápido que un comentario se extiende, y como se aumentan las cosas y cuanto se exagera!

En la sección Balsamina, hay muchas exploradoras, y entre ellas, las hay estupendas. Y además, en esa sección se trabaja bien; y se observa la Ley; y se canta mejor que en cualquier otra sección.

¿Por qué no decir esto?

¿Por qué decir sólo lo que está mal?

¿Por qué ver solamente lo que es feo?

Si supieras lo difícil que es llegar a la perfección en no importa que faceta, y si supieras cuantos esfuerzos se hacen para llegar a algo muy imperfecto, no osarías criticar más con tanto descuido y tan duramente a veces.

Tienes que ser buena.

No débil; no floja; no indiferente a las cosas feas que se hacen; no tolerante con todos los lenguajes y todas las acciones; sino buena infinitamente, pues la bondad entre los hombres es como el perfume en las flores, como el canto en los pájaros, como el viento entre las hojas, como el sol en medio del campo.

Criticar... es muy fácil.

Hablar mal... se hace demasiado pronto

- Zed no es exploradora.

No, verdaderamente, Zed no es exploradora.

¿Qué hace durante las sesiones? Nunca un esfuerzo.

Durante estos cuatro años, no ha conseguido ni una especialidad. En las carreras, no sabe ni correr ni jugar; arrastra siempre los pies, por algún sitio tras las otras.

No, Zed no es exploradora.

- ¿Por qué me dices esto?

¿Para que yo piense contigo que Zed no es una exploradora?

Pues bien. No, yo no pensaré eso.

No quiero.

No me gustan los que hablan mal de los demás, porque siempre me parece que carecen de bondad, de inteligencia y de comprensión; no me gustan los que hablan mal de los demás, porque sabemos muy poco los unos de los otros, y porque nos equivocamos muy fácilmente.

Y además, ¿quién de nosotros es perfecto?

¿Dices que Zed no es exploradora?

Pero ¿qué sabes de Zed?

La ves llegar y marcharse.

Ya sabes que trabaja en una fábrica y que tiene dieciséis años. Sabes que vive en Carouge y conoces incluso su casa. Un día entraste en esa casa. Atravesaste un corredor, una habitación; encontraste a la madre de Zed, viste a sus dos hermanas y su hermano. También viste que Zed no tiene una habitación para ella sola, como tú,

sino que ella ha de compartir la suya con sus hermanas; y notaste que en esa vieja casa de Carouge no hacía precisamente calor.
Charlasteis juntas de casi todo y os divertisteis mucho.
Hoy me dices que Zed no es una verdadera exploradora; pero ¿qué sabes tu de Zed? de sus preocupaciones, de sus dificultades de familia o de trabajo, de sus deseos, de su salud, de su fuerza física y su fuerza moral, de su educación, de su infancia, de lo que tiene y lo que le gustaría tener? ¿qué sabes de lo que pasa en su cuarto cuando tú no estás? ¿qué sabes de lo que pasa en su mente cuando, silenciosa, Zed no dice nada? ¿qué sabes de su herencia, esa dura y fatal ley en virtud de la cual nuestros ancestros nos transmiten algo bello o algo feo que debemos llevar durante toda nuestra vida, lo queramos o no.

¿Qué sabes de los esfuerzos que Zed ha hecho?
¿Qué sabes de los esfuerzos que Zed hace aún, día tras día?
¿Qué sabes de su vida?
Dime ¿qué sabes?
Para ti, la vida ha sido buena.
Tus padres son muy buenos.
Tienes todo lo necesario para vivir y para desarrollarte e incluso para divertirme agradablemente.
¿Por qué juzgas tan severamente a Zed que no ha tenido las mismas facilidades, ni los mismos privilegios?
¿Zed no tiene insignia de especialidad en la manga? pero en su mirada se encuentra la insignia de la verdad; y además, Zed trabaja nueve horas al día para ganarse la vida.
Eso que te parece tan sencillo, a ti, y muy natural, porque tienes todo lo que te hace falta para conseguirlo, puede ser difícil para Zed, a lo mejor imposible.
Y el trabajo que has hecho y del que te sientes tan orgullosa, no será jamás hecho por Zed, sin que por eso ella valga menos que tu; sin que por ello tu valgas más que ella.
Pues lo que importa, no son los trabajos que hacemos; las palabras que decimos; los objetos que fabricamos; las insignias que llevamos en nuestras mangas o los grados que nos distinguen a unos de otros; lo que importa, es la canción que canta en nosotros y por la que aceptamos la vida, la canción que canta en nosotros...
Nuestra actitud frente a la vida.
Nuestro esfuerzo silencioso hacia lo que está bien.
Nuestra lenta ascensión a través de los años.
Esa necesidad de perfección.
Esta aspiración a la belleza.
Esta nostalgia del acuerdo perfecto.
Ese suspiro hacia Dios.

Zed es una exploradora como tu; solamente, Zed es diferente de ti, porque la vida nos hace diferentes unos de otros; nos sitúa en condiciones diferentes a fin de que vivamos vidas diferentes.
No juzgues a Zed.
Di que te aburre, que no la quieres, pero no digas : “Zed no es exploradora”, porque no sabes nada de eso. No puedes saberlo.
No juzgues a Zed.
Ni a ella ni a nadie.

* *
 *
 *

Hay tantas flores en un mismo campo; tantos pájaros en un mismo bosque; tantos aromas que suben de la tierra; tantos zumbidos extraños, murmullos confusos, voces roncadas o sonoras; tantas fuerzas, colores y líneas.
Y sin embargo todo eso se confunde, se armoniza y se completa en el gran todo que se llama “naturaleza”.
Así es también para la humanidad.
Cada hombre debe ser lo que es; fiel a sí mismo, fuerte en su opinión, en su pensamiento y en su acción; pero debe admitir en su entorno a todos los demás hombres que no piensan como él, que no actúan como él, que persiguen otro fin, y que adoran a otro dios.
Y la bondad será la fuerza que permitirá a los hombres vivir apaciblemente unos al lado de otros, sin perjudicarse, respetuosos y benevolentes.
La bondad joven y espontánea será la fuerza que se irá, con el abrigo del deber y la austera virtud, a llevar a los hombres la indulgencia recíproca, la buena voluntad, la cortesía, la obediencia, la justicia.
Y tú serás indulgente con los demás, porque serás severa contigo misma.
Y exigirás poco a los demás, porque te impondrás a ti misma una dura tarea.
Y serás atenta, no por costumbre, fríamente, sino porque será natural en ti ser cortés.
Y serás obediente y justa, no por temor o por deber, sino porque algo se abrirá en ti; algo que tiembla y palpita y se rebela ante el sufrimiento y la tristeza; algo que canta y ríe ante la alegría y la dicha. Y eso será la bondad, nada más que la bondad. Una bondad joven y sonriente que llegará a ser la fuerza de tu vida.
Esta bondad, quisiera que fuese tuya; que fuese nuestra; infinita, entre nosotros.
Pues allí donde habita la bondad, la vida puede florecer como una enredadera al sol. Allí donde mora la bondad, el pensamiento se expresa en voz alta y el hombre saluda al hombre con un fuerte apretón de mano.
Donde vive la bondad, las dificultades se desvanecen; las fealdades se borran; los

sufrimientos se sosiegan; y la alegría resplandece y salta como un niño feliz.

Es preciso que seas buena.

No débil; ni floja; ni indiferente a las cosas feas que se hacen; ni tolerante con todos los lenguajes y todas las acciones, sino buena infinitamente.

Pues la bondad entre los hombres es como el perfume en las flores; como el canto en los pájaros; como el viento en las hojas; como el sol en el campo.

La bondad no critica.

No juzga.

No condena.

No desprecia.

No piensa mal de los demás.

No cree el mal de los demás.

No habla mal de nadie.

No hace mal a nadie.

Esta bondad, quisiera que fuese tuya, que fuese nuestra; infinita entre nosotros.

El Campamento

¡Mañana nos vamos!

¡Mañana es la salida!

Hace tanto tiempo que esperamos ese día.

Todo el invierno lo hemos esperado.

Mañana nos vamos y será el salto al espacio y la luz.

¡Cómo me alegro!

Olvidar la ciudad, las casas, las habitaciones estrechas, el asfalto cegador, el ruido de las calles y el ruido de los hombres; el trabajo cotidiano, la tarea diaria, la prisa, las preocupaciones, las fatigas, los tedios, olvidar todo... y saltar en el espacio verde; vivir en el prado en una vieja casita de madera.

Hay un torrente muy cerca.

Viene de arriba.

El agua blanca salta sobre las piedras, entre los abetos.

Hay soldanela en el musgo y los arándanos van madurando.

¡Cómo me alegro!

Al sol, nuestros cuerpos se pondrán morenos, y nuestros corazones, ligeros.

En la montaña, nuestros pechos se llenarán de aire puro, y nuestras almas adquirirán la serenidad de estos lugares tranquilos donde se camina sin prisa; donde se vive sin prisa; donde una se para a coger una genciana; donde una se sienta a mirar el horizonte; donde una se tumba para descubrir las flores del musgo o la raíz de un tusalago.

¡Cómo me alegro!

Ya oigo reír las “pulgas”; el crepitar del fuego; el silencio de las noches y ese gritito matinal del ave al despertar; y las exploradoras - que se frotan los ojos - que bostezan y suspiran.

Las oigo levantarse. Andan de puntillas, corren sobre la madera. Una puerta se abre y se vuelve a cerrar. Alguien anda en la cocina; otra corta la leña; se colocan las cacerolas, se prepara el chocolate.

Oigo las exclamaciones de sorpresa y encanto con cada nuevo descubrimiento, y los saltos entusiastas que son la expresión de la alegría sana que se escapa jubilosa de un cuerpo sin fatiga.

Vivir allá...

Vivir siempre una vida sencilla... y sana... y fuerte... y tan buena.

¡Ah, el campamento, el campo... no tiene igual!

Poder divertirse y reír todo el rato.

Pero en el campamento, una se divierte y se vuelve mejor.

Es el espacio quien logra esto; la vida en común; el trabajo solidario; y además los jefes; las hierbas que se chupan; sí, las hierbecitas que se chupan suavemente sin hacer nada; y las flores que se cogen; y los arándanos que se comen; y el torrente en el que nos bañamos, y el sol, el sol que está en todas partes y que nos persigue desde la mañana hasta la noche, que nos acaricia y nos quema; y el chalet que nos abriga; y el viento que nos habla, por la noche, a través de las rendijas y las fisuras; y la luna y las estrellas y la naturaleza entera tan bella en ese rincón perdido. ¡Sí, tan bella!

¡Mañana nos vamos!

¡Cómo me alegro!

Te he elegido...

No puedo orar con palabras; pero cada uno de mis deseos es una oración para Ti.
No puedo confesar mis errores; pero cada uno de mis pesares es una confesión para Ti.
No puedo juntar mis manos para adorarTe, ni arrodillarme; pero cada una de mis alegrías es una adoración a Ti.
No puedo ofrecerTe sacrificios ni privaciones; pero cada uno de mis actos es una ofrenda para Ti.
No puedo conocerTe; pero Te he sentido en lo mejor que hay en el mundo, en lo bello; y Te he elegido como fin de mi vida, como dirección de mis esfuerzos.
Día tras día, te buscaré para vivir mejor.
Permite solamente que mi voluntad sea resistente y que perseverante sea mi esfuerzo, hasta el fin.

Ha llegado la noche.

Ha llegado la noche.
Entra en la tienda.
Échate en la paja y no hagas ruido.
Mañana es un día nuevo que llenarás con tu canto, tu palabra y tu acción.
Pero hoy se acaba; respeta el silencio de la noche.
No turbes el sueño de los que quieren dormir.
Piensa en todos los seres vivos que a esta hora van a buscar el reposo en el sueño inconsciente: las plantas, las bestias, los hombres.
Piensa en los niños que duermen en el fondo de sus cunas.
Piensa en los ancianos tendidos en sus viejas camas.
Piensa en los hombres vigorosos que distienden sus miembros fatigados tras el rudo trabajo de la jornada.
Piensa en los enfermos que no pueden dormir.
En los felices chiquillos que roncan sobre sus almohadas.
Se piensa tan poco.
Ha llegado la noche.
Entra en la tienda.
Échate sobre la paja y no hagas ruido.
Piensa en los países lejanos donde los hombres se despiertan cuando nosotros dormimos: su día es nuestra noche.
Piensa en otros mundos que ruedan con el nuestro en el espacio desconocido: todas las estrellas que se encienden, de las que no sabemos nada.
Y además más allá de los mundos, piensa en ese Dios que inspira a los hombres y que les impulsa a vivir mejor.
Se piensa tan poco...
Ha llegado la noche.
Entra en la tienda.
Échate sobre la paja y no hagas ruido.

El fuego está encendido

Dedicado a Marmota

El fuego está encendido.
Ven a sentarte cerca para terminar tu jornada.
Ya has corrido bastante.
Ya has trabajado bastante a lo largo de las horas rápidas del día tumultuoso.
Descansa, ahora que llega la noche.
¿Notas el aroma que sube de la tierra húmeda?
¿Oyes el viento que susurra en los árboles?
¿Y el piar del ave que pasa?
¿Ves las sombras que se alargan?
Así es como llega la noche.
No habla.
Deja que venga el silencio.
Las palabras dicen tan pocas cosas.
Sólo saben hacer ruido.
Pero el silencio es una música: es una canción muy dulce;
es también una oración: la más sencilla y la más pura de las oraciones: un suspiro solamente hacia Dios, nostálgico y mudo:
Dame un alma sencilla, que cante y que ame.
Dame un alma pura, que vea claro y lejos.
Dame un alma fuerte, valiente frente a las cosas de la vida: estoica, heroica, silenciosa.
Dame un alma alegre, un alma jubilosa y ardiente que dé, que dé y que se dé en perpetua ofrenda, sin pedir nada a cambio; sin pedir nada.
Dame un alma serena, justa y generosa.
Dame un alma luminosa y buena, infinitamente.
El fuego está encendido.
Ven a sentarte cerca para terminar tu jornada.
Ya has corrido bastante.
Ya has trabajado bastante a lo largo de las horas rápidas del día tumultuoso.
Descansa, ahora que llega la noche.

Lo que Tu me des, lo acepto

Lo que Tu me des, lo acepto,
feliz, feliz con esta ofrenda inesperada que viene a mi.
Lo que Tu me niegues, lo acepto también,
sabiendo que eres Dueño de tu bien,
libre de dar como quieras, cuando quieras, a quien quieras.

Dame solamente un poco de voluntad,
para que me lance a la lucha del día,
y haga mi trabajo, apaciblemente,
hasta el fin.

Dame solamente un poco de inteligencia,
para que comprenda lo que hace sufrir a los hombres
y me adelante a ellos,
no para juzgarles ni para condenarles,
sino para respetarles y ayudarles,
sencillamente,
como yo pueda.

Dame solamente un poco de paciencia,
para que soporte a mi semejante, sin zarandearle;
dejando pasar el día, y después el año,
antes de coger la flor abierta o el fruto maduro.

Dame solamente un poco de bondad,
para que piense en la felicidad de los demás,
antes de pensar en la mía;
en la alegría de los demás,
antes que en la mía.
Dame solamente un poco de bondad.

Lo que Tu me des, lo acepto,
feliz, feliz con esta ofrenda inesperada que viene a mi.
Lo que Tu me niegues, lo acepto también,
sabiendo que eres el Dueño de tu bien,
libre de dar como quieras, cuando quieras, a quien quieras.

Dedicado a Erizo

Ser pura

Dedicado a Araña

Ser pura... limpia solamente, en cuerpo y alma.
Es tan sencilla la limpieza.
Sin embargo, cuando se miran bien las cosas y los hombres, se descubre que hay mucha suciedad, un poco por todas partes...
¿Por qué es así? ¿Por qué?
Pureza, limpieza, santidad... es casi lo mismo: limpieza física y limpieza moral.
Belleza de un cuerpo joven y sano.
Rectitud de una mirada clara tras la cual se adivina un alma fuerte.
¿No es el lejano ideal hacia el que se dirige la humanidad desde hace siglos?
¡Cuán difícil debe ser la conquista de este ideal, para que el esfuerzo humano, a través del tiempo, no haya podido realizarla!
Sí, la conquista de la pureza es una ruda tarea.
Pero eso no importa.
Amo lo que es duro, lo que es difícil, casi inaccesible: los sueños audaces de los hombres más grandes.
La vida sería menos bella si no hubiera este esfuerzo hacia algo mejor.
Esta lenta ascensión que se nos propone y que nos conduce de esfuerzo en esfuerzo hasta la perfección.
Puedes negarte a emprenderla.
Libre, libre, puedes negarte.
Quédate en la llanura, si quieres, y juega con las flores, a la sombra de los grandes árboles.
Los campos son bellos; y las hierbas ondulantes y los aromas suaves.
Pero yo amo lo que es duro, lo que es difícil, casi inaccesible: los sueños audaces de los hombres más grandes.
La vida sería menos bella si no hubiera este esfuerzo hacia algo mejor.
Esta lenta ascensión que se nos propone y que nos conduce de esfuerzo en esfuerzo hasta la perfección.

Estate preparada

Estar preparada.
No es estar lista.
No es haber previsto todo.
Eso es imposible.
Nadie lo puede hacer.

La vida es demasiado grande, demasiado desconocida, para que el hombre pueda decir:

“Sé lo que me espera; quiero prepararme”.

Es demasiado fuerte también.
Llega con una brusquedad, con una impetuosidad que no perdona nada.
Todo es arrollado: nuestros proyectos, nuestros planes, nuestros programas y, a veces, el mismo fin que nos habíamos propuesto.

Entonces, si no estamos preparados ¿tendríamos el valor y la voluntad de reconstruir, sobre las ruinas de nuestros sueños, de otros planes, un nuevo edificio ?

Estar preparada.
No es estar lista.
No es haber previsto todo.
Eso es imposible.
Nadie lo puede hacer.

Estar preparada.
Es aceptar la vida.
Es saltar ante el nuevo día.
Es tender los brazos hacia su riqueza desconocida.
Es plantar cara a las horas que vengan, tranquila y serena.
Es vivir el presente con fuerza , valor y buena voluntad, sin inquietarse por mañana; ni por lo que será pasado mañana; ni por lo que pueda llegar en un lejano porvenir.

El mañana no es tuyo.
Quizás te sea negado.
¿Por qué te consumes en la preparación de mañana olvidando el día de hoy?
Hoy te pertenece.

Te ha sido dado.

Acéptalo como una ofrenda de la vida y haz de este día algo bello.

Mañana - si mañana te es concedido - harás lo mismo. Y pasado mañana, igual; y así siempre, día tras día, hasta el fin.

Estar preparada.

Es aceptar la vida.

Toda la vida.

Tal como venga.

Con lo que tenga de bello y lo que tenga de triste:

Con sus días ligeros que pasan como pasa una mariposa. Y sus días pesados que se arrastran como se arrastra la niebla sobre los campos húmedos.

Estar preparada.

Es estar dispuesta a hacer lo que cada hora exija.

Es aceptar con buena voluntad.

No es en tus palabras como veré si estás preparada; no es en tus acciones.

Es en tu actitud frente a la vida; quizás en tu mirada.

Aceptar... Es mucho.

Pero no es suficiente.

Para estar preparada, es preciso haber elegido.

La vida es muy rica.

Hay muchas cosas que nos atraen y que nos llaman.

Las fuerzas físicas y las fuerzas intelectuales de una persona no bastan para abarcar y cumplir todo.

En esta diversidad, es necesario escoger.

¿Cuál será el verbo de tu vida?

¿Cuál será tu canción?

Has prometido servir.

“Servir a Dios, a tu familia, a tu prójimo”, esa fue tu promesa.

Has puesto el servicio en el centro de tu vida.

Es al que volverás siempre tras las locas escapadas y los dulces abandonos.

Servir es tu verbo.

Así lo has querido y lo sigues queriendo.

Sabes bien que tu vida no puede ser otra cosa que una ofrenda hecha al prójimo.

Has elegido.

Estás preparada.

Amar a los hombres

No es necesario ser amado para vivir, no.
Pero es necesario amar.
Y te he elegido para esto, para amar.

A Luciémaga

Amar a los hombres...
Amarles para ellos mismos, no para ti.
Amarles con toda tu fuerza;
hasta el sufrimiento, si es preciso;
pero siempre para ellos mismos, no para ti.

Amar a los hombres.
Convertirte en su servidor, si es necesario;
no su esclavo.
Permanecer libre como el viento que trae con él
el perfume de las flores encontradas a su paso,
el estremecimiento de los árboles mudos.

Y todas las voces ignoradas de las bestias desconocidas.
Aportar su riqueza.
Hacer de ella una ofrenda
y depositarla entre las manos de los que se ama;
y sobre su corazón.
Y después, marcharse también, si es preciso,
-sin pedir nada-
a hacer una nueva cosecha para una nueva ofrenda.

Promesa de las pequeñas

No eres muy grande;
no eres muy fuerte;
y la promesa que quieres a hacer,
no estás muy segura de poderla mantener...

No importa;
ven a pesar de todo, y con toda tu fuerza,
como puedas,
como lo sientas,
promete hacer todo lo posible para servir a Dios
y para servir a los hombres.

Servir a Dios...
Servir a los hombres...
Es la misma cosa.
No puedes servir a Dios sin servir a los hombres.
¿Qué servicio podrías rendir a Dios?
¿Y de qué servicio podría Dios tener necesidad?

Pero cada vez que te acercas a un hombre para ayudarlo, para amarlo, simplemente
para cambiar con él un apretón de manos o una mirada de comprensión,
te acercas a Dios.

Actúas en su espíritu.

Ese espíritu de Dios que pasa por el mundo como un sueño y como una llamada;
que sacude a los hombres, que les despierta y les obliga a vivir mejor, aún mejor y
siempre mejor, hasta que lleguen a esta vida sencilla y pura de la que se puede decir:
es perfecta.

No eres muy grande;
no eres muy fuerte;
y la promesa que quieres hacer,
no estás muy segura de poderla mantener...

No importa;
ven a pesar de todo, y con toda tu fuerza,
como puedas,
como lo sientas,
promete hacer todo lo posible para servir a Dios y para servir a los hombres.

No creas que hay que hacer cosas muy difíciles, hazañas heroicas.
El servicio es muy pequeño, muy cerca de ti.
Mira a los que te rodean:
los hay que están fatigados.
Déjales el reposo.
Prepáralos un reposo.
Los hay que están enfermos;
rodéales de cuidados tranquilos.
No hagas demasiado ruido.
Los hay que trabajan;
no interrumpas el curso de sus pensamientos;
espera que hayan acabado;
después vendrás con tu alegría y tu charla.

Servir...hay mil formas de servir.
Tu tienes la tuya y yo la mía.
Pero siempre es un impulso hacia otro;
un paso por delante de los demás.
Y también está el servicio silencioso
que consiste en no hacer nada, no decir nada,
ser pura solamente, entre los hombres,
pura... sin falta y sin reproche.

Permanece tranquila un instante,
no tienes necesidad de hablar.
¿Quieres servir a Dios?
¿Quieres servir a los hombres?

No eres muy grande;
no eres muy fuerte;
y la promesa que quieres hacer,
no estás muy segura de poderla mantener...

No importa;
ven a pesar de todo, y con toda tu fuerza,
como puedas,
como lo sientas,
con una palabra o un gesto,
promete hacer todo lo posible para servir a Dios
y para servir a los hombres.

Morir

Pensar en la muerte.
pensar en ella sencillamente, al final del día.
No es fea; no es triste;
solamente grave, rodeada de incertidumbre.
Es la puerta que se abre -un poco más pronto para unos, un poco más tarde para otros- ante el país misterioso, hacia el que vamos todos.

¿Por qué morir? ¿Por qué?
Nadie puede responder.
Nadie sabe qué sigue a la muerte;
como nadie sabe lo que precede al nacimiento.
Ante el misterio del más allá y del más acá de la vida, el más inteligente y el menos inteligente son iguales : mudos, silenciosos, muy pequeños.

Hay que morir.
La muerte vendrá para ti y para mi;
mañana o pasado mañana; dentro de un mes o de un año...
La vida no es larga; no es eterna; pero yo la amo tal como es, con su alegría y su sufrimiento, el esfuerzo que exige y esa grave tristeza que la rodea.

Pensar en la muerte.
pensar en ella sencillamente, al final del día.
No es fea, no es triste;
solamente grave, rodeada de incertidumbre.
Es la puerta que se abre -un poco más pronto para unos, un poco más tarde para otros- ante el país misterioso, hacia el que vamos todos.

Morir... marcharse.
¿Estás preparada?
¿Eres lo bastante fuerte para soportar la queja de tu cuerpo? ¿la angustia de tu carne ligada a la vida?
¿Eres lo bastante fuerte para irte completamente sola?

Si tuviera que morir mañana, me parece, que en una visión rápida, vería a mi alrededor, a todos los que he hecho sufrir, sin querer - hay tanto descuido en nosotros, tan poca bondad -. A todos los que no he podido amar. A todos los que he amado sin mostrárselo jamás.

Esta riqueza escondida.
Esta alegría perdida.
Esta dicha que habría podido ser y que no ha sido.
Y ese será mi sufrimiento de la última hora, sentir que no he sido lo que habría podido ser, ni hecho lo que habría podido hacer.

¿Por qué no querer a los que se ama?
¿Por qué no querer también a los que no se ama?
¿Por qué no ofrecer todo lo que se tiene?
¿Hasta agotar el tesoro,
hasta secar la fuente?
¿Por qué esperar?
¿Por qué contar, calcular, dividir, reservar?
¿No se puede dar todo a todos, en la medida de lo que cada uno reclame y si es posible más?
Vendrá el día bastante pronto en que ya no se podrá hacer nada por los demás, porque se habrán ido... porque uno se habrá ido...

Pensar en la muerte.
pensar en ella sencillamente, al final del día.
No es fea; no es triste;
solamente grave, rodeada de incertidumbre.
Es la puerta que se abre -un poco más pronto para unos, un poco más tarde para otros- ante el país misterioso, hacia el que vamos todos.

Si tuviera que morir dentro de un año,
este último año sería el más bello de mi vida.
Lo viviría lentamente hasta su último día.
Sin prisa, sin prisa;
mirando las cosas; amando a los hombres.

Sé que no se puede amar a todo el mundo.
Eso no importa.
Se puede no hacer sufrir, y eso ya es amar.

Mis actos no están inspirados por el amor, porque tengo bien poco; ni por la piedad, porque la menosprecio; sino por esa necesidad, más fuerte que todo, de no hacer sufrir.

Me parece siempre que el hombre tiene derecho a la mayor felicidad posible en ese mundo donde la vida le ha colocado; y que los demás no tienen derecho a disminuírsele; a menguarlo.

Antes de actuar, ¿Por qué no preguntarse:

“Haré sufrir”?

Es tan sencillo y eso ya es amar.

Pensar en la muerte.

pensar en ella sencillamente, al final del día.

No es fea; no es triste;

solamente grave, rodeada de incertidumbre.

Es la puerta que se abre -un poco más pronto para unos, un poco más tarde para otros- ante el país misterioso, hacia el que vamos todos.

No tengo miedo a la muerte.

Es una ley natural.

Pone fin a la vida sensible que vivimos.

Comienza otra cosa que no podemos ni comprender ni concebir...

Si esto no fuese así...

Si la vida no fuese otra cosa que lo que hay entre el nacimiento y la muerte, no tendría ningún sentido y no valdría la pena vivirla. ¿Y quien tendría el valor de poner en el mundo un niño para imponerle una vida semejante?

Pero la vida no es solamente lo que hay entre el nacimiento y la muerte.

Es más.

Pues venimos de más lejos que el cuerpo de nuestros padres.

Y vamos más lejos que nuestros propios cuerpos.

Por ese motivo;

por ese misterio de antes que canta en nosotros, confuso y lejano;

por ese misterio de después que ya nos rodea,

acepto el presente;

el día de hoy y el de mañana;

y toda la vida; la vida...

Morir...¿que quiere decir esto?

No se nada de ello.

pero estoy dispuesta a irme;

dispuesta a desaparecer como la flor que ha florecido;

como el trigo que ha madurado;

como la hierba verde de la primavera.

Dispuesta renacer también y a revivir

de otra forma,

bajo otra ley.

Pensar en la muerte.

pensar en ella sencillamente, al final del día.

No es fea; no es triste;

solamente grave, rodeada de incertidumbre.

Es la puerta que se abre -un poco más pronto para unos, un poco más tarde para otros- ante el país misterioso, hacia el que vamos todos.

La paz.

Dame la paz del campo : esta paz que se desprende de las hierba tranquila, de las flores que solo sueñan con florecer.

Dame la paz de los árboles cuyas fuertes ramas se yerguen hacia el cielo o se inclinan hacia la tierra, con ese murmullo entre las hojas, cuando pasa el viento.

Dame la paz de las montañas, la paz de las soledades desiertas donde el hombre no ha construido su morada, donde el perro no ha ladrado, donde el gallo no ha cantado.

Dame la paz del cementerio donde tantos hombres reposan su cuerpo fatigado, bajo la tierra y la piedra, dormidos.

Navidad.

¿Qué es Navidad para ti?

Para mi, es el cumpleaños del hombre que ha dicho a los otros hombres : “Amaos los unos a los otros”.

Y esta palabra que no había sido pronunciada nunca antes, se fue por el mundo, y de siglo en siglo, se ha impuesto .

Hoy, está en el fondo de tu ser; muy en el fondo de tu conciencia.

Lo quieras o no, sabes bien que es la única cosa que vale la pena ser hecha.

Amar a los hombres. Ser bueno para todos; bondadoso de corazón, paciente, benevolente. Y saber, si llega el caso, hacer ese esfuerzo espontáneo, para ayudar y para servir.

Hoy, festejamos la Navidad.

El cumpleaños de un hombre; el mejor que haya vivido; aquel al que nadie ha podido hacer un reproche.

Abramos la puerta de nuestra alma y dejemos penetrar más dentro, en nuestras conciencias, su viejo mandamiento :

“¡Amaos los unos a los otros !”

Sí, ¿por qué no?

¡Amemosnos los unos a los otros!

Seamos buenos unos con otros; bondadosos de corazón, pacientes, benevolentes; y sepamos, si llega la ocasión, hacer ese esfuerzo espontáneo, para ayudar y para servir.

Oración por el año nuevo.

Suavemente comienza el año;
como el año pasado,
como el año que viene,
como transcurre un día tras otro;
como rompe una ola sobre otra.
Eternamente,
sin fin.

Dios mío, no te pido nada.
Que la vida sea lo que has querido para mi.
Debes saber bien lo que necesitamos y lo que nos conviene.
Pero soy orgullosa; padezco de orgullo.
Quítalo de mi vida, oh Dios... si quieres.
Y pon en su lugar la humildad,
para que sea como las flores de tus campos;
la hierba del jardín;
el musgo de los viejos muros;
y todas las cosas tranquilas y sencillas de tu gran naturaleza.
Quítalo de mi vida, oh Dios... si quieres.

Suavemente comienza el año;
como el año pasado,
como el año que viene,
como transcurre un día tras otro;
como rompe una ola sobre otra.
Eternamente,
sin fin.

La casa tranquila.

A Madeleine.

He entrado en la Casa tranquila donde se viene a adorar; y Os adoro, gran Dios desconocido.

Lejos de la ciudad,
habría podido sentarme al borde de la ruta;
apoyar la cabeza en las rodillas;
olvidar mi trabajo y mi juego, el mundo y los hombres,
y este desvelo por la vida material
que vuelve tan triste mi esfuerzo, y tan pesada mi mente;
y Os habría podido adorar, gran Dios desconocido,
en el silencio y el abandono de esta ruta silenciosa.

Pero en la ciudad,
el silencio y el abandono no se encuentran en ninguna parte;
es el reino del movimiento perpetuo,
de la prisa, del ruido y de la palabra.
Por eso he entrado en la Casa tranquila donde se viene a adorar;
y Os adoro, gran Dios desconocido.

Lejos de la ciudad,
habría podido subir a una montaña;
y de pie, sola entre cielo y tierra,
olvidar mi trabajo y mi juego, el mundo y los hombres,
y este desvelo por la vida material
que vuelve tan triste mi esfuerzo, y tan pesada mi mente;
y Os habría podido adorar, gran Dios desconocido,
en el silencio y el abandono de esta montaña silenciosa.

Pero en la ciudad,
el silencio y el abandono no se encuentran en ninguna parte;
es el reino del movimiento perpetuo,
de la prisa, del ruido y de la palabra.
Por eso he entrado en la Casa tranquila donde se viene a adorar;

y Os adoro, gran Dios desconocido.
Lejos de la ciudad,
habría podido pararme en un campo;
y con la espalda apoyada contra un árbol,
olvidar mi trabajo y mi juego, el mundo y los hombres,
y este desvelo por la vida material
que vuelve tan triste mi esfuerzo, y tan pesada mi mente;
y Os habría podido adorar, gran Dios desconocido,
en el silencio y el abandono de ese campo silencioso.

Pero en la ciudad,
el silencio y el abandono no se encuentran en ninguna parte;
es el reino del movimiento perpetuo,
de la prisa, del ruido y de la palabra.
Por eso he entrado en la Casa tranquila donde se viene a adorar;
y Os adoro, gran Dios desconocido.

Una capilla.

Dedicado a Torrente.

Te quiero lejos del ruido,
en un rincón perdido de la montaña,
un sendero debe conducir allí;
uno de esos senderos estrechos por donde uno marcha detrás de otro,
perdido en sus pensamientos o en la visión de las cosas que nos rodean.
Te quiero blanca con un campanil negro,
como las capillas de los valles valaisanos
que se yerguen en el centro del pueblo,
ofreciendo al cielo la cruz de su campanario.
Te quiero pequeña y pobre; oscura en el interior,
para sentirse allí a gusto para orar;
a gusto para llorar;
para adorar también, y para sonreír,
cuando la vida es suave,
tras un rudo esfuerzo, antes de otro esfuerzo...
Te quiero hospitalaria;
con la puerta siempre abierta,
acogiendo al hombre sorprendido por la tormenta,
huyendo de la lluvia y el viento;
y también ese otro hombre, huyendo de otra tormenta,
la de su propio corazón.
Que uno y otro encuentren un refugio en ti;
el primero, para su cuerpo,
el segundo, para su alma.
Te quiero tranquila; tranquila sobre todo.
Mecida por el murmullo del torrente lejano;
o por la voz del pájaro que pasa;
o por los cencerros de las vacas que pacen;
o por el canto de tu propia campana que toca a maitines,
o a vísperas o al Ángelus.
Te quiero tranquila; tranquila sobre todo.
Casa del silencio.
Casa de Dios.

¿Si quieres, Dios mío?

Si quieres, Dios mío; si Tu quieres...
¿No somos de Ti,
como la flor de la tierra,
como el árbol del suelo profundo?

Que las estaciones pasen con sus colores diferentes.
Que las primulas se abran en la hierba nueva.
Que el trigo amarillee bajo un cielo azul.
Que el manzano madure sus manzanas rojas,
y la viña, su uva clara.
Y luego, que venga el invierno, que el invierno venga
con su blancura tranquila,
su reposo.

Si quieres, Dios mío; si Tu quieres...
¿No somos de Ti,
como la flor de la tierra,
como el árbol del suelo profundo?

Que la vida corra como corre un río.
Que las horas se alejen como un vuelo de golondrinas,
como un vuelo de estorninos.
Que llegue la noche tras el día reidor.
Que surja el alba de la noche oscura.
Que todo acabe,
que todo vuelva a comenzar.

Si quieres, Dios mío; si Tu quieres...
¿No somos de Ti,
como la flor de la tierra,
como el árbol del suelo profundo?

Que solamente una vez el sol inunde mi vida con su cálida claridad.
Que solo una vez pueda lanzar mi alegría de vivir

A Madeleine.

al claro espacio de un día de verano.
Que solamente una vez...

Si quieres, Dios mío; si Tu quieres...
¿No somos de Ti,
como la flor de la tierra,
como el árbol del suelo profundo?

Amor.

Si quieres cantar al amor,
toma un laúd, coge un violín,
pero no digas nada.
Las palabras son demasiado insignificantes para cantar al amor.
Es grande como la vida y el mundo.
Nada es más grande que él.
Excepto Dios.

Que así sea.

Has llegado... has partido...
Hubiera querido que te quedases en mi vida.
No ha podido ser.
Que así sea.

Me has enseñado mucho.
Guardo esta riqueza.
Gracias a ti, he dejado la carretera
y he saltado por los felices senderos del mundo.
Me has mostrado nuevas flores.
Me has cogido nuevos frutos.
En los setos, por la hierba, bajo los matorrales,
allá donde la naturaleza está virgen,
y salvajes los caminos,
descubrías cosas nuevas que me eran desconocidas.
Me hacías escuchar hasta el canto del silencio,
hasta el tenue susurro de un pétalo que cae,
de una oruga que roe su hoja,
del ala de mariposa que bate en el aire.
Lo infinitamente pequeño ha crecido ante mis ojos.
Hoy, nada es pequeño para mi;
y sé que la vida es tan grande
que una vida no basta para conocerla toda.

Quiero vivir; descubrir la vida.
Es tan bello el encuentro con las cosas,
el encuentro con los hombres;
el choque de almas que bruscamente se encuentran cara a cara.
Quiero vivir; amar la vida,
por su riqueza inagotable;
por lo desconocido;
por lo ignorado;
por ti;
por todos.

Pero, dime,
¿Por qué has venido? ¿Por qué te has ido?
Hubiera querido que te quedases en mi vida.
No ha podido ser.
Que así sea.

Reposo.

Dios mío, te agradezco esta hora de reposo,
este día tranquilo, este alto sosegado.
Sé que será breve;
las cosas bellas no pueden durar.
Tu lo quieres así; y Tu sabes por qué.
Yo soy ignorante, poco inteligente,
pero quiero aceptar, sin comprender,
lo que me viene de Ti.

Quizás un día,
cuando haya vivido mi vida,
me darás la clave de la existencia de los hombres;
el sentido de nuestra vida;
el fin de nuestra muerte;
la razón de nuestros tormentos y de esas alegrías espléndidas
que nos concedes.

Dios mío, te agradezco esta hora de reposo,
este día tranquilo, este alto sosegado.
Se que será breve;
las cosas bellas no pueden durar.
Tu lo quieres así; y Tu sabes por qué.
Yo soy ignorante, poco inteligente,
pero quiero aceptar, sin comprender,
lo que me viene de Ti.

***Pon en nosotros la fuerza de vivir
sencillamente.***

No es necesario haber leído mucho para saber vivir...
No es necesario haber aprendido mucho.
Solamente es preciso saber sufrir, sin ruido.
Es preciso saber dar casi todo; y deslizar en la mano del otro lo que hubiera querido guardar en la mía.
Hay que saber aceptar y superar lo que hay de duro y de triste en nuestros días.
No exigir nada de la vida. No pedir nada a los hombres.
Irse solo y tranquilo por el camino apacible o ruidoso de nuestras tareas cotidianas.

Dios mío,
enséñanos a vivir así.
Haz de nosotros hombres. Haz de nosotras mujeres.
Pon en nosotros la caridad, la verdad.
La que va cálida desde nuestros corazones, y llega, cálida aún, al corazón de los demás.
No la caridad de cortesía; la que está hecha de palabras.

Dios mío,
pon en nosotros el amor.
No para nosotros.
No el espléndido amor que es una riqueza y que viene a nosotros como una gracia.
No este amor, Dios mío,
-no tenemos derecho a pedirte-,
sino el amor serio y generoso que nos permite amar a los demás.
Les amamos tan poco.
Les amamos tan mal.

Dios mío,
pon en nosotros la fuerza de vivir sencillamente la vida que Tu nos destinas; esta vida que Tu has querido para nosotros con un fin que no podemos comprender hoy; pero que comprenderemos mañana, cuanto todo haya acabado, cuando nuestra vida haya sido vivida.
Dios mío,

pon en nosotros la fuerza de vivir sencillamente la vida que Tu nos destinas.
Permite que marchemos entre los demás, solos y tranquilos, por el camino apacible o ruidoso de nuestras tareas cotidianas.

Serás jefe.

Serás jefe, Cétoine, ¿quieres?
no hoy, ni mañana quizás;
sino cuando llegue la hora;
cuando tu vida sea recta como un tallo de caña
y sencilla como un canto de alondra.

Un jefe, no es el que quiere mandar, dirigir, imponerse; el que da órdenes para hacerse obedecer;
el que prohíbe o permite; censura o alaba;
recompensa o castiga.
Un jefe es otra cosa. Es más.
Un jefe es el que, sin quererlo y sin saberlo, atrae a los demás hacia él;
vienen a sentarse junto a él;
al que se escucha y se sigue porque se ha descubierto que tiene una fuerza en sí que nadie puede destruir; que su vida es recta, y sencilla su acción; cada día la misma;
sencilla, como su mirada tranquila que parece venir de lejos e ir más lejos aún, hasta el fondo de las conciencias y más allá del horizonte.

Un jefe...
¡Que bueno sería tener un jefe , cuando se está fatigado!
Alguien que pensara por nosotros,
que decidiera por nosotros y que no hubiera más que seguirle...
Pero los jefes son escasos;
por lo menos aquellos en los que se confía.

Serás jefe, Cétoine, ¿quieres?
no hoy, ni mañana quizás;
sino cuando llegue la hora;
cuando tu vida sea recta como un tallo de caña
y sencilla como un canto de alondra.

Ser jefe, no es transformar a los otros, para hacerlos como tu mismo, imponiendo tus ideas y actos; acosándoles con recomendaciones, prohibiciones y preceptos.

Ser jefe, es vivir una vida muy pura, en una casa abierta.
Que los que quieran venir, vengan; y nunca se cierre la puerta ni las ventanas; pues el jefe vive a la vista de todos, para todos, con todos.
Un jefe exige mucho de sí mismo; casi nada de los demás.
Es severo para sí mismo; indulgente para los demás.
Sabe bien que no es fácil hacer las cosas y que casi todo exige esfuerzo.
Un jefe, es un camarada al que reconoces ser mejor que tu y cerca del cual sientes que te vuelves mejor que tu mismo.
Por eso le has escogido.
Por eso le dices: "jefe".

Serás jefe, Cétoine, ¿quieres?
no hoy, ni mañana quizás;
sino cuando llegue la hora;
cuando tu vida sea recta como un tallo de caña
y sencilla como un canto de alondra.

Navidad.

Hoy es Navidad.
Y Navidad es un día especial para dar.
Abre tus armarios, tus cajones, tus manos y tu corazón,
y da lo que haya, sin medida.

Es agradable recibir.
Es agradable dar.
Dichosos los que en este mundo pueden a la vez dar y recibir.

Hoy es Navidad.
Y Navidad es un día especial para dar.
Abre tus armarios, tus cajones, tus manos y tu corazón,
y da lo que haya, sin medida.

Conozco tu objeción.
Me vas a decir:
“soy pobre; no tengo nada.
Mi casa está vacía y vacío está mi jardín.
¿qué puedo dar, dime?”.

¿Lo que puedes dar?
¿No tienes buen humor que podría llenar la casa de alegría y ánimo?
¿No tienes paciencia que podría llevar a término ese largo trabajo?
¿No tienes historias y tonterías que podrían dar color a los días apagados de tu hermano enfermo?
¿No tienes un alma cálida y que podría amar?
¿No tienes flores? ¿No tienes frutos?
¿No tienes ideas, pensamientos, juegos y juguetes?
incluso en tu pobreza, ¿no tienes demasiadas cosas para ti, sola?

Hoy es Navidad.
Y Navidad es un día especial para dar.
Abre tus armarios, tus cajones, tus manos y tu corazón,
y da lo que haya, sin medida.

Navidad es un día espléndido entre el año que acaba y el año que empieza.
Se mira hacia atrás. Se mira hacia adelante.
Se elige. Se decide.
¿Qué quieres hacer este año que viene?
Un don.
Un don perpetuo. Sí.
Todo lo que tengo, todo lo que soy, puesto al servicio de Dios
y al servicio de los demás.
Es nuestra promesa.
Y la promesa es en nuestras vidas como un fuego en la linde del bosque.
Como un melocotonero rosa en medio de las viñas.
Algo claro y bello.
Algo ardiente y fuerte.
Algo que hace amar la vida.
Y yo quiero amar la vida.

Las dos alegrías.

Hay la alegría que viene de dentro y hay la que viene de fuera.
Quisiera que las dos fuesen tuyas.
Que llenen las horas de tu día,
y los días de tu vida;
pues cuando las dos se encuentran y se unen,
hay tal canto de júbilo, que ni la canción de la alondra
ni la del ruiseñor pueden comparársele.
Pero si sólo una tiene que pertenecerte;
si yo debiera elegir por ti,
escogería la alegría que viene de dentro.
Porque la alegría que viene de fuera es como el sol
que se levanta por la mañana y se pone por la tarde.
Como el arco iris que aparece y desaparece;
como el calor del verano que viene y se retira;
como el viento que sopla y pasa;
como el fuego que arde y se extingue...
Demasiado efímero; demasiado fugitivo.
Necesito algo que dure;
algo que no tenga fin.
Que no pueda acabar.
Y la alegría que viene de dentro no puede acabar.
Es como el río tranquilo,
siempre el mismo; siempre presente.
Es como el risco;
como el cielo y la tierra que no pueden ni cambiar, ni pasar.

Me gustan las alegrías de fuera.
No reniego de ninguna.
Todas, han llegado a mi vida cuando hacía falta.
Han sido una fuerza y un sosiego.
Han sido luminosas y suaves;
ligeras y perfumadas;
espléndidas y escasas...
Las bendigo. Las bendigo.

Pero necesito algo que dure;
algo que no tenga fin.
Que no pueda acabar.
Y la alegría que viene de dentro no puede acabar.
Es como un río tranquilo,
siempre el mismo; siempre presente.
Es como el risco;
como el cielo y la tierra que no pueden ni cambiar, ni pasar.

La recupero en las horas de silencio;
en las horas de abandono.
Su canto me llega a través de mi tristeza y mi fatiga;
nunca me ha dejado.
Es Dios; es el canto de Dios en mi.
Esta fuerza tranquila que dirige los mundos y que conduce a los hombres;
y que no tiene fin;
que no puede acabar.

Hay la alegría que viene de dentro y hay la que viene de fuera.
Quisiera que las dos fuesen tuyas.
Que llenen las horas de tu día,
y los días de tu vida;
pues cuando las dos se encuentran y se unen,
hay tal canto de júbilo, que ni la canción de la alondra
ni la del ruiseñor pueden comparársele.
Pero si sólo una tiene que pertenecerte;
si yo debiera elegir por ti,
escogería la alegría que viene de dentro.

¿Dónde vas?

Quisiera darte la paz.
No la paz física, el reposo plácido;
no la indiferencia inerte cara a las cosas;
sino la calma radiante que va tranquila por delante de la vida y la acepta.

Quisiera darte la paz.
La lentitud del gesto, de la mirada y de la palabra.
Que no haya más que una acción en tu vida,
- si fuera preciso -
pero que sea completamente realizada.
Que no haya más que un pensamiento,
pero que sea pensado hasta el final.
Y si tu jardín es pequeño,
que no haya más que un árbol en tu jardín.
Pero que sea espléndido
y que sus frutos sean hermosos.

Quisiera darte la paz.
Apártate de las cosas fútiles que estorban y fatigan tu día.
Echa raíces en algo firme, inmutable.
En una palabra que llegue a ser la consigna de tu vida.
En un verbo que sea el verbo director de tus actos.
Y todo en ti será como unificado, simplificado, aligerado.
A través del ruido, del vaivén de las recepciones, las visitas, el trabajo cotidiano, la alegría y los tormentos, habrá este hilo tenue, este perfume ligero, esta melodía conocida que encontrarás por todas partes;
esta paz, quisiera que la poseyeras;
esta unidad tranquila;
esta posesión de ti misma que te permitiría
ser más fuerte que las cosas exteriores;
más fuerte que la decepción del día;
que el incidente imprevisto; el obstáculo inesperado;
más fuerte que la alegría que puede embriagarte;
o el sufrimiento que puede destruirte.

Sí, más fuerte.
Quisiera darte la paz.
Y reconocerías esa dicha de irte por el mundo al ritmo de tu propia marcha; atraída
por tu propio sueño, hacia un fin libremente elegido.

Pero dime, ¿tienes un fin?
¿dónde vas?

No sé decir gracias de otra manera.

Dios mío.
La felicidad que me has dado es infinita.
No necesito nada.
Hazme mejor solamente,
a fin de que sea en este mundo una fuerza buena,
no una fuerza mala.

La felicidad que me has dado es infinita.
Hazme generosa, ahora;
sin egoísmo,
para que mi mano permanezca tendida a los demás,
y mi acogida les sea grata.

La felicidad que me has dado es infinita.
Que cada uno de mis días sea una ofrenda para Ti,
hecha en silencio,
en la aceptación tranquila de las cosas.
No sé decir gracias de otra manera.

Dales una felicidad, como compañero de ruta.

En el sufrimiento, como todos los hombres,
yo adquiriría el aprendizaje de la vida.
Y duramente, padecía en esta tarea.

Cuando la dicha llegó, no la esperaba.
No pensaba que pudiera venir.
Ligera como un ave, entró en mi vida,
y después, todo cambió.

Las cosas tristes no desaparecieron;
ni las cosas duras.
El esfuerzo siempre está ahí, autoritario e imponiéndose.
Pero tengo esa dicha que marcha a mi lado,
y que llevo de la mano.
Con ella, todo es fácil.

Dios mío, puesto que das la vida;
ya que impones a los hombres este pesado viaje,
dales una felicidad como compañero de ruta,
para que su marcha sea alada
y no estén solos.

La felicidad.

Quisiera hablarte de la felicidad, decirte dónde puedes encontrarla.
¡Es tan sencilla la felicidad en este mundo!
Pero se la busca donde no está.
La dicha no está en ninguna parte si no está en ti;
no depende ni de los hombres, ni de las cosas;
solamente de ti, y además de Dios.

No está en la realización de nuestros deseos; pues nuestros deseos cambian con el día y la hora, y lo que queremos hoy no lo queremos mañana.

Si mis deseos de niña se hubieran realizado, sería un álamo hoy, pues mi deseo era ser un álamo, con mis raíces hundidas en el suelo, y hasta la última de mis ramas tendidas hacia el cielo.
Sería una araña quizás, pues mi deseo era ser una araña, para balancearme bajo la hierba, suspendida de mi hilo.
O bien, una golondrina, para pasar en vuelo rápido sobre las chimeneas de los tejados, lanzar un grito agudo y perderme en el espacio.
O también un lirio amarillo al borde de un estanque.
O bien muerta y enterrada; porque de pequeña, deseaba morir cada vez que me hallaba ante una dificultad que me parecía insuperable o simplemente perdida en una pena.

Ninguno de estos deseos se realizó.
No soy álamo, ni golondrina, ni araña; ¡Ni siquiera un lirio amarillo al borde de un estanque!
Y estoy viva, y hasta feliz de vivir.
Los deseos de los hombres, como los de los niños, son a menudo insensatos. Pero la vida es demasiado inteligente para concedérmolos. Sabe lo que nos hace falta; y, a través de los sufrimientos y las alegrías que nos son necesarios, nos conduce hacia la felicidad que nos está reservada.

Quisiera hablarte de la felicidad, decirte dónde puedes encontrarla.
¡Es tan sencilla la felicidad en este mundo!
Pero se la busca donde no está.

La dicha no está en ninguna parte si no está en ti;
no depende ni de los hombres, ni de las cosas;
solamente de ti, y además de Dios.

No está en la posesión de las cosas, pues los hombres están hechos de modo que cuanto más tienen, más quieren tener; y el que es rico quiere serlo más; y el que es amado quiere serlo más aún. Así escasamente satisfechos o agradecidos, nos mantenemos frente a la vida como perpetuos mendigos: “Dame esto y dame aquello y eso también, te ruego, te ruego...”
Pero ¿quienes somos nosotros para exigir tanto?
¿Hemos hecho algo?
¿Qué merecemos?
¿Sabemos darnos ?
¿Sabemos amar sin egoísmo?
¿Sabemos renunciar a una mínima cosa por el gozo de otro?
Pedir... ¡es tan fácil!

Es lo primero que sabíamos hacer lanzando horribles gritos en nuestras cunas, o tristes gemidos.
Más tarde, tendemos las manos hacia lo que brilla, hacia los bellos colores, las formas extrañas, las cosas que hacen ruido.
Y más tarde aún, ya hombres y mujeres, nuestro deseo permanece tendido hacia las riquezas de la tierra donde creemos encontrar la dicha.
Pero ninguna posesión material puede dar la felicidad.
No, ninguna.

Quisiera hablarte de la felicidad, decirte dónde puedes encontrarla.
¡Es tan sencilla la felicidad en este mundo!
Pero se la busca donde no está.
La dicha no está en ninguna parte si no está en ti;
no depende ni de los hombres, ni de las cosas;
solamente de ti, y además de Dios.

Eres una niña pequeña y quieres ser feliz.
Es tan natural desear eso.
Pero un jardinero que quiere tulipanes en su jardín, comienza por plantar bulbos de tulipanes.
Y si quiere rosas, planta rosales.
Y si quiere uvas, planta una viña.
Tu, que quieres felicidad; comienza por repartirla.

Se sumisa a la vida, obediente a la ley, olvidadiza contigo misma, indiferente a tu alegría, atenta a la de los demás y dispuesta siempre a servir, ya sea por la mañana o por la noche, o en pleno mediodía.

Haz tan bien como sea posible tu tarea cotidiana.

No todos los días serán alegres.

También los habrá tristes.

Pero los habrá tan bellos que querrás retenerlos, hacer de modo que no puedan acabar.

Acabarán también; pero no importa.

Permanece sumisa a la vida.

Acepta las cosas sin rebelión.

Te son necesarias.

Obedece a la ley.

No olvides nunca que entre el bien y el mal, has elegido el bien, y apaciblemente, sin prisa y sin preocupación, marcha por la ruta del bien.

Si te llaman de la izquierda, di “No”.

Si te llaman de la derecha, di “No”.

Si te piden retroceder, di “No”.

Si te invitan a dar rodeos, di “No”.

No olvides nunca que entre el bien y el mal, has elegido el bien, y apaciblemente, sin prisa y sin preocupación, marcha por la ruta del bien.

Eres una niña pequeña y quieres ser feliz.

Es tan natural desear eso.

Pero un jardinero que quiere tulipanes en su jardín, comienza por plantar bulbos de tulipanes.

Y si quiere rosas, planta rosales.

Y si quiere uvas, planta una viña.

Tu, que quieres felicidad; comienza por repartirla.

Piensa en el sufrimiento de los demás; en todo lo que es difícil para ellos; en el trabajo que a menudo es demasiado grande; en la enfermedad que a menudo es demasiado larga; en las separaciones que a veces son tan bruscas; en todo lo que hace llorar en lugar de sonreír; y con toda tu fuerza, pon al servicio de los demás lo que tu poseas : tu alegría y tu fuerza, tu inteligencia y tu ternura, tus manos, tus pies y tus ojos a fin de ayudar y de servir según la promesa que hiciste de ayudar y servir.

No eres muy grande,

comienza por cosas pequeñas.

Ayuda a tu madre que trabaja y está sola.

Abre las persianas, por la mañana,

pon el agua en los vasos,

riega los geranios que están en la ventana...

Da leche al gato que vuelve de sus correrías nocturnas...

Cuando seas mayor, harás más.

A medida que se crece, la vida nos descubre lo que espera de nosotros. Es tan sencillo obedecerla si se quiere verdaderamente.

Si vives así, sumisa y obediente,

olvidadiza de ti misma,

indiferente a tu alegría,

atenta a la de los demás,

dispuesta siempre a servir, ya sea por la mañana, o por la noche, o en pleno mediodía;

puede ser que un día , en el jardín silencioso de tu alma, sientas la felicidad. Nada más que un suave perfume. Eso será todo.

Pues la felicidad no está en ninguna parte si no está en ti.

No depende ni de los hombres, ni de las cosas,

solamente de ti, y además de Dios.

Humildad.

Haznos humildes unos con otros.
Humildes ante Ti, Dios mío.
Lo que hacemos, lo que sabemos, lo que podemos,
ies tan poco!
Haznos pequeños ante nosotros mismos,
pequeños, ante Ti, Dios mío.
Sin orgullo, sin presunción.
Entre lo que deberíamos ser y lo que somos,
ihay tanta distancia!
Para franquearla danos las alas de un pájaro,
la resistencia de un camello,
la obstinación de los asnos y los mulos,
la espléndida fuerza de los hombres cuya vida fue una obra maestra; un perpetuo
esfuerzo.
Haznos fuertes también, pacientes y viriles
para que podamos alcanzar un día esa perfección que Tu nos pides.
Entonces seremos orgullosos, felices y pacíficos.
Pero solamente entonces.
Hoy,
haznos humildes unos con otros.
Humildes ante Ti, Dios mío.
Lo que hacemos, lo que sabemos, lo que podemos,
ies tan poco!
Haznos pequeños ante nosotros mismos,
pequeños, ante Ti, Dios mío.
Sin orgullo, sin presunción.
Entre lo que deberíamos ser y lo que somos,
ihay tanta distancia!

Amar.

Echar raíces en el suelo desnudo de la vida.
Mantenerse cara a los hombres.
Mantenerse frente a las cosas.
Y amarles.

Sentir que un vínculo nos une a todo, nos acerca a todo,
nos hace hermana o hermano de todo:
de la hierba y los musgos, de los hombres y animales,
de las piedras y los árboles, de la estrella y del cielo.

Echar raíces en el suelo desnudo de la vida.
Mantenerse cara a los hombres.
Mantenerse frente a las cosas.
Y amarles.

*

*

*

¿Sabes lo que significa este verbo?
hay tantas maneras de amar.
Una sola es la buena.
La que da, que da y da más,
sin tomar nada, sin esperar nada, sin pedir nada.
Así hay que amar.

Cuando cultivas una flor, ¿qué le pides sino que sea lo más bella posible, y florida, en
el rayo de sol donde la has puesto?
Y cuando levantas un pajarito caído del nido, esforzándote mucho para alimentarle,
¿qué esperas de él sino que se fortalezca y reemprenda su vuelo, feliz de vivir?
Así hay que amar.

¿Necesitas pan para alimentarte?

Tómalo.

¿Te hace falta ropa para vestirme?

Aquí la tienes.

¿Necesitas reposo?

Bien, cierro la puerta de tu cuarto para que estés sola un instante en el silencio y la soledad.

¿Necesitas espacio y libertad para crecer e instruirte?

¿Quieres dejar la habitación, la casa y la ciudad para irte por el mundo a descubrir cosas nuevas?

Coge las de Villadiego.

Vete, aléjate, parte para mucho tiempo, si es preciso, aunque seas mi dicha y mi tesoro.

¿Necesitas ternura?

La mía está siempre cerca de ti porque te amo, pero si te hace falta otra ternura para ser feliz, adelante, elige entre tus amores y tus amigos y no temas dejarme; pues tu felicidad me es más querida que la mía y tu alegría va por delante de la mía.

Así hay que amar.

Y sin embargo, es preciso saber decir no.

Y si es necesario, resistir.

Pues un afecto no debe jamás empequeñecer ni al que ama, ni al que es amado.

Debe ser un estímulo, algo como una mano que tira hacia arriba y que hace avanzar.

Una fuerza, un aliento, una llamada al esfuerzo y al trabajo.

¿Quieres que mienta?

No, no te mentaré.

La mentira no puede darte felicidad.

Solo puede envilecer tu persona.

¿Quieres que disimule?

No, no disimularé.

El disimulo no puede darte felicidad.

Solo puede turbar la pureza de tu mirada

¿Quieres que sea perezosa?

No, no seré perezosa.

La pereza no puede darte felicidad.

Solo puede disminuir tu fuerza física, tu energía y tu voluntad de la que nunca tendrás bastante para lo que hay que hacer; para lo que tu debes hacer.

Quieres que sea solamente para ti,
y que viviésemos como dos tórtolas en el tejado?

¡Pues no!

El egoísmo no puede darte felicidad.

No puede más que empequeñecer tu corazón que tiene que latir para todos.

Vibrar con la alegría de todos.

Compadecerse del sufrimiento de todos.

El mundo es tan grande.

Emana tanto júbilo.

Tanta angustia también.

¿Quieres mantenerte al margen de todo?

¿Y marchitarte en una soledad estéril?

No, no, yo te quiero y nada podrá impedirme amarte,

pero te quiero bella, sencilla y auténtica;

feliz en tu vida;

generosa con el prójimo;

decidida a ir de esfuerzo en esfuerzo y de progreso en progreso.

¿Cómo podría quererte si fueses fea, engañosa y complicada?

¿Cómo podrías quererme si fuese sucia, egoísta y perezosa?

No me rebajes.

Soy ya tan poca cosa.

Ayúdame en esta lenta ascensión que debe ser nuestra vida.

Yo te ayudaré también.

Hazme mejor.

Soy dura, si hace falta, y severa.

Te lo agradeceré siempre, aunque no sea en seguida.

Así hay que amar.

Así es como nos amaremos.

*

*

*

Echar raíces en el suelo desnudo de la vida.

Mantenerse cara a los hombres.

Mantenerse frente a las cosas.

Y amarles.

Sentir que un vínculo nos une a todo, nos acerca a todo,
nos hace hermana o hermano de todo:
de la hierba y los musgos, de los hombres y animales,
de las piedras y los árboles, de la estrella y del cielo.

Echar raíces en el suelo desnudo de la vida.
Mantenerse cara a los hombres.
Mantenerse frente a las cosas.
Y amarles.

Si viene a ti la felicidad...

A Madeleine

Si viene a ti la felicidad,
que venga para no dejarte nunca.
Que venga suave como las brisas de primavera,
que venga cálida como los días de verano,
y que dure una eternidad.

Si las cosas de este mundo son tristes,
no es porque carezcan de belleza,
es porque son muy pequeñas en el tiempo,
es porque no saben permanecer.

Si viene a ti la felicidad,
que venga para no dejarte nunca.
Que venga suave como las brisas de primavera,
que venga cálida como los días de verano,
y que dure una eternidad.

Sufrimiento.

El sufrimiento existe.

No hay que temer hablar de él ni mirarle de frente.

Está en ti. Es bueno que le conozcas.

Pero si un día, irrumpiera en tu alma, como la tormenta en nuestros jardines, con tal violencia, que te sientas como perdida en la tempestad, entonces recuerda que hay un salvavidas al que te puedes asir: la oración; y que te queda un Dios.

Y por oración no me refiero a algunas frases aprendidas y repetidas por costumbre o superstición, sino el grito del alma angustiada que se lanza hacia esa otra Fuerza más fuerte que todo: Dios mío... Dios mío...

Y eso es todo.

No hace falta decir más.

Las palabras son inútiles.

Esta llamada de socorro irá donde van nuestras llamadas, nuestras lágrimas y nuestros deseos. Y Dios vendrá, pues Dios viene siempre.

Pero tu, mientras llega tu Dios, permanece de pie; hasta el último límite de tu fuerza, trabaja y cumple con tu deber.

El sufrimiento es terrible; pero tu fuerza es grande; y tu Dios viene.

Navidad.

Ser fuerte.

Ser un hombre que sabe gobernarse y que no necesita un guía.

Ser un hombre libre que sabe lo que quiere y trabaja duro para alcanzar su meta.

Ser fuerte.

No permitir al extraño que pasa, extinguir, con su voz, la voz tranquila de tu conciencia.

Tener tu opinión, tu paso, tu mirada y no imitar a nadie.

Amar la flor que nos gusta y el guijarro que encontramos bonito, y atreverse a decir: "Me gusta esta flor y ese guijarro".

No avergonzarte ni de tu ropa ni de tu casa.

Ser también sencillo, y sobrio, tan desprovisto de mentira como una campanilla en su pradera o un lirio en su jardín.

Ser fuerte.

No ocuparse demasiado por la riqueza ajena,

sino dejar la tuya fluir hacia los demás,

sin hacer nada, sin decir nada, siendo simplemente como la vida nos ha hecho: fuertes y fieles a nosotros mismos.

Ser fuerte.

Ser un hombre que sabe gobernarse y que no necesita un guía.

Ser un hombre libre que sabe lo que quiere y trabaja duro para alcanzar su meta.

Es un impulso viril.

Y puesto que Navidad es el aniversario de un hombre viril, quisiera que escuchaseis esta llamada en la voz de las campanas que sonarán.

No ha habido hombre más fuerte que Cristo, más solitario, más auténtico, más dueño de sí.

Ser auténtico, ¡es tan difícil!

Los hombres no lo saben.

Para no hacer daño a los demás, mienten.
Para que no se les haga daño, mienten.
Y todos, hemos mentido.
Como si fuese posible que la alegría viniese de una mentira.
Como si la paz o el consuelo pudiesen salir de eso.
Seamos sinceros,
Atrevámonos a mostrarnos tal como somos, sencillos y sobrios, unos frente a otros.
Osemos decir lo que hierve en nosotros y lo que canta en nuestras conciencias.
¿Por qué esconderlo?
¿No es a menudo lo mejor que hay en nosotros?
y además, ¿No está escrito en nuestra mirada, en las arrugas sonrientes o amargas de nuestro rostro?
Osemos decir lo que creemos.
Atrevámonos a hacer lo que queremos.
No seamos tímidos y temerosos, de los que siempre tienen miedo de disgustar o hacer daño.
Seamos audaces y temerarios; enérgicos y resistentes.
Tipos que van delante y hacen camino.

No ha habido hombre más fuerte que Cristo, más solitario, más auténtico, más dueño de sí.

Seamos fuertes. Seamos auténticos.
Sencillos y sobrios unos frente a otros.
Mostremos las cosas con las que vivimos, los pensamientos que nos preocupan, la dicha que nos hace ligeros, el sufrimiento que nos suaviza. Suavemente, mostremos a los demás el camino recorrido, las dificultades vencidas y por las que tenemos el valor de continuar y de donde nos viene esta tranquila confianza en la vida y en los hombres.

Seamos fuertes. No tengamos miedo al sufrimiento.
No es malo. Le necesitamos.
A través de nuestras lágrimas es como vemos lo más justo;
y es llorando como nos hacemos mejores; más graves, quizás, pero más suaves para los demás, más comprensivos, más lúcidos.

Y no hay nada más apasionante que la lucha abierta declarada al sufrimiento que quiere destruirnos:
No, no me vencerás.
No, no me destruirás.

No, no serás más fuerte.
Te rechazo con mis brazos y todo mi ser tenso.

Ya sea una niña o un hombre de edad madura, siempre hay que afianzarse con la misma energía contra la angustia que nos invade y, con todas nuestras fuerzas, lanzarse hacia adelante, a la conquista, otra vez, de la alegría y de la serenidad que tanto necesitamos para vivir.

No ha habido hombre más fuerte que Cristo, más solitario, más auténtico, más dueño de sí.

Quisiera que a través de tu vida, no tuvieras más que una contraseña:
“Los demás antes que yo”.

Y que sencillamente lo observes en las grandes y pequeñas cosas de cada día.
Entonces la fuerza de Navidad, esa felicidad de Navidad de la que tanto se habla, enraizará en tu alma. Nada podrá desalojarla de allí.

Vivirá en ti, crecerá en ti y como una planta magnífica enviará sus ramas y su perfume fuera de ti.

Quisiera que a través de tu vida, no tuvieras más que una contraseña:
“Los demás antes que yo”.

La verdad.

Quisiera ser auténtica.
Que se pudiese creer en mi palabra; tener confianza en mi.
Y además, porque es difícil,
y porque nuestro esfuerzo debe ser hacer lo que es difícil, cada día un poco mejor.
Ser auténtica,
no es solamente “hablar” con verdad,
- decir sí cuando es sí y no cuando es no -
es “actuar” con verdad,
es “ser” con verdad,
mostrarse tal como se es, sin adorno, sin fingimiento y sin disfraz, tal como la vida nos ha hecho.
Es tan bello encontrar un hombre que no sepa mentir; para quien la mentira sea inexistente.
Está entre nosotros tranquilo y natural, como ante su mesa o delante de su ventana.
Habla, actúa y piensa, en medio de los demás, como si estuviera solo en su prado o en su jardín.
No siente ninguna necesidad de echar el cerrojo a la puerta de su alma o de su casa.
Deja escapar las lágrimas de su pesar y la risa de su alegría, la indignación o la generosidad que le animan; y permite a los demás echar una mirada en el mundo de su pensamiento y de sus sentimientos.
Es transparente y sencillo; enteramente auténtico.
Cuando la vida nos pone en presencia de una naturaleza semejante, nos sentimos cautivados por la fuerza que emana; le reconocemos una superioridad y le admiramos.

Quisiera que fueses auténtica.
Que se pudiese creer en tu palabra; tener confianza en ti.
Y además, porque es difícil,
y porque nuestro esfuerzo debe ser hacer lo que es difícil, cada día un poco mejor.
Sé que eres demasiado grande para mentir por cobardía y temor, para esconder o disimular algo malo que hayas hecho. No, tu evitas tus errores, tus tonterías y tus debilidades.

También sé que eres demasiado sencilla para mentir por vanidad, para parecer más de lo que eres, mejor o más inteligente.
Sabes bien que todas las historias que puedas contar, todas las actitudes que puedas adoptar no sirven para nada.
En tu mirada, hay escritas demasiadas cosas, y en el gesto de tu mano, en el porte de tu cabeza, en tu forma de andar, en tu sonrisa, en el timbre de tu voz...
Nadie puede engañarse y nadie se engaña.
Pero quizás te llegue el momento de callar la verdad o de decir una mentira para no hacer daño, evitar un sufrimiento. Es tan duro hacer sufrir cuando se hace conscientemente.
Y sin embargo, aún entonces, debes permanecer veraz, cueste lo que cueste y a pesar de lo que pueda resultar para el otro, pues la mentira nunca ha cambiado nada, ni hecho olvidar nada, ni consolado; no sabe ni reparar ni reconstruir.
Pero la verdad puede ser anunciada con tal dulzura, con tanta consideración que se la acepta y se inclina ante ella como se inclinaría uno ante algo inevitable que la vida nos impone.

Y además ¿qué prefieres: que se te diga la verdad, aunque te cause daño, o que se te esconda, y, a través de los días que pasan, la sospeches primero; la descubras, después?
Como quisieras que los demás te traten, trata tu a los demás. Y si quieres que sean sinceros contigo, comienza por ser sincero respecto al otro.
Y si llega el momento en que no tengas fuerza para expresar la verdad con palabras, guarda silencio.
Antes que mentir, cierra los labios y no digas nada.
Tu silencio hablará por ti.
Muy a menudo, las palabras son inútiles.
Entre hombres, hay mudas interrogaciones.
Mudas respuestas, también.
Ni uno, ni otro se engañan.
Aquí es esencial, que nadie se engañe.
Clara era la pregunta y clara era la respuesta.
Ni una palabra ha sido pronunciada.

Y ahora, quiero decirte además esto : me ha sido duro desembrollar esta cuestión de la mentira y la verdad.
Puedo equivocarme.
Cada uno debe encontrar por sí mismo su respuesta en las cuestiones que la vida le plantea.
Pero creo que la verdad debe ser nuestra primera preocupación.

Debe estar en la fuente de nuestra acción.
La bondad la acompañará siempre: la bondad, la caridad, la piedad, la dulzura, el amor...
Pero la verdad será la base de todo; en el comienzo y en el final de todo.
Pues, ¿qué puede construirse sobre una mentira?
¿y cuales serán nuestras relaciones si no podemos creernos unos a otros?

Quisiera ser auténtica;
transparente y sencilla.
Que se pueda creer en mi palabra; tener confianza en mi.
Y además, porque es difícil,
y porque nuestro esfuerzo debe ser hacer lo que es difícil, cada día mejor.

Oh Dios, haznos sencillos y auténticos.
Necesitamos tanto serlo.

Cultiva tu jardín...

Cultiva tu jardín
y deja a los demás cultivar el suyo.
Los gustos son tan diferentes.
Uno plantará flores;
otro sembrará trigo;
un tercero dejará crecer la hierba.
No juzgues.
No te toca a ti hacerlo.
Pero haz tu jardín tan bello
que al pasar junto a él,
tengamos ganas de tener uno parecido.
¿No es lo esencial
que tu jardín sea bello?

Sufrimiento, puedes venir...

No te ocupes de lo que dicen los demás,
ni de lo que hacen.
Cuida tu palabra y tu acción.
Cuando todo sea perfecto en ti,
verás si procede criticar a los demás;
pero antes, es a ti mismo
a quien hay que criticar y corregir
hasta la perfección.

Sufrimiento, puedes venir, ya no tengo miedo.
Hoy sé que para alcanzar a Dios,
hay que pasar por ti.

Me has enseñado mucho.
Duramente, me has hecho comprender
que no hay que exigir demasiado a los hombres ni a las cosas;
no demasiado, a la vida que sabe lo que da,
que sabe lo que niega, y por qué.

Duramente, me has hecho comprender
que el hombre debe vivir solo su vida.
Por numerosos que sean los amigos,
dulces las amistades,
profundos, los amores,
es un santuario en el fondo de nosotros mismos,
habitado por nuestros cantos, nuestros sueños, nuestras oraciones,
donde nadie puede entrar.

Duramente, me has hecho comprender
que las cosas de este mundo tienen un fin;
que nada puede durar,
que todo se acaba,
que la palabra “eterno” no corresponde a nada.
Acepto tus lecciones; pero no la última;
más allá de tus duras afirmaciones,
mi alma salvaje de niño mimado cree en su sueño:
lo “eterno” debe existir;
en alguna parte, en algún sitio, deben encontrarse
las cosas eternas que no pueden acabar,
y que no tienen fin.

Yo necesito esas cosas; hacia ellas quiero ir;

¿qué ruta debo tomar?
¿por dónde pasa el buen camino?

No necesito...

No necesito “sentir los codos de los demás” para conservar mi valor y vivir.
Es cara a ese Dios desconocido como se determinan las cosas de mi vida; y a través de las alegrías y los sufrimientos como busco mis respuestas.
Y es esto lo que deberíamos enseñar a los jóvenes: a vivir solo; a imponerse una disciplina, no porque un jefe nos lo pide o porque otros lo hacen, sino porque hemos reconocido que la vida es mejor y más bella cuando se orienta de una cierta manera, cuando se le da una meta, cuando uno se prohíbe ciertas cosas y se concede otras, ante las que se va con los brazos tendidos y el paso firme.

Ejemplo.

Al que me da pan, le digo gracias.
Al que me alcanza una rosa, le digo gracias.
Al que me llena de regalos un día de fiesta,
también le digo gracias.
Pero a ti que me das el ejemplo conmovedor de tu vida irreprochable, no te digo nada...
A ti que me reconcilias con la humanidad, no te digo nada...
A ti que llenas mi alma de admiración y de estima, no te digo nada...
El pan, la rosa, los regalos ¿podrían ser valores más grandes que el ejemplo de una vida irreprochable? ¿el esplendor de un alma pura? ¿el esfuerzo desinteresado de un hombre recto?
No, no; recibe aquí mi gratitud; es infinita... y perdóname no haber sabido decir en su momento la palabra tan sencilla - gracias - que decimos tan fácilmente cuando se trata de pequeñas cosas de nuestra vida cotidiana y que nos es imposible articular cuando se trata de grandes valores de nuestra vida profunda...
Diez, cien veces te he querido decir, cuando nuestros caminos se cruzaban cada día, todo lo que me habías dado, sin saberlo, o cuánto me había enriquecido a tus espaldas, simplemente mirándote vivir como un héroe y como un santo.
Tu me has enseñado que no es necesario hablar para enseñar la moral y la virtud: tu ejemplo me ha bastado.
Por nada del mundo, habría querido vivir menos elevadamente que tu; y si mis alas eran menos fuertes que las tuyas, si volvía a caer otra vez, era siempre para volver a levantarme y, si era posible, alcanzar las mismas metas que tu.

Señor.

Quieren términos precisos, palabras...
¡Y yo prefiero el silencio en torno a Tu nombre!

Quieren problemas resueltos,
respuestas a las preguntas...
¡Y es un punto de interrogación
lo que pongo junto a Tu nombre!

Pretenden que dude...
No; yo sé que Tu eres;
¡pero aún se me escapa *quién* eres!

Me acusan de tibieza e indiferencia...
¡Y Tu presencia me es más necesaria
que el pan que alimenta o el agua que apaga la sed!

Me reprochan ser un mal testigo;
no decir lo que pienso...
Ante Tu eternidad y Tu poder,
ya no sé hablar...

Pero te adoro, Señor;
no en la calle donde se grita,
ni incluso en los templos donde se reza,
sino en el silencio de mi vida;
en mi corazón.

Me acusan de no orar;
de no pedir con confianza lo que necesito...
Pero si el honor me impide llamar a la puerta del vecino,
¿iré a llamar a la puerta del cielo
para mendigar pan?
No, no; Tu sabes lo que los hombres necesitan;
lo que les desgasta y lo que les destruye;

bastaría, para Ti, soplar
sobre nuestras almas, para volverlas puras,
y sobre nuestros cuerpos, para hacerlos ligeros;
no lo haces; eso es porque hay que esperar;
y yo esperaré, Señor.

Paciencia.

Espera y deja pasar el tiempo.

La paciencia, la confianza, la perseverancia son buenas trabajadoras; consérvalas a tu servicio.

La prisa y la impaciencia nunca llegan a nada grande; y la belleza no es la obra de un minuto.

Mira la naturaleza.

De un niño, hace un hombre; y de una bellota, hace una encina. Pero ¡cuántas horas deben sumarse a las horas; cuántos días a los días, para que el niño llegue a hombre y para que la bellota se haga encina!

Mira esta catedral.

No ha sido la varita mágica de un hada buena quien la ha hecho surgir de la tierra así de grandiosa y magnífica; sino el afán de los obreros, el trabajo de los artistas; el esfuerzo y la inspiración de unos y otros.

Mira el jardín.

Hay sombra sobre el césped; grava en los caminos; y flores por doquier; no tienes más que cogerlas.

Pero para que haya sombra sobre el césped, los árboles han tenido que crecer; para que haya grava en los caminos, alguien ha tenido que acarrearla y extenderla; y para que haya tal abundancia de flores, ha sido necesario que alguien labre la tierra para poner semillas y plantones; y luego, ha pasado el tiempo, ese “autor de milagros”.

Hace falta tiempo para todo; para el crecimiento y para el avance. Deja entonces a cada cosa el tiempo de hacerse; a cada criatura el tiempo de madurar. Que no te exaspere la lentitud de las maduraciones; la lentitud del progreso. Que no te desanime ser tan poco avanzada en el camino de la vida; tan poco sólido aún. No te irrites contra tu prójimo que todavía no es lo que debería ser. No critiques lo inacabado. No te revuelvas contra la vida que aún no te ha dado lo que tú esperas de ella. ¡Es todo tan lento en venir! Y está bien que sea así.

La paciencia, la confianza, la perseverancia son buenas trabajadoras; consérvalas a tu servicio.

La prisa y la impaciencia nunca llegan a nada grande; y la belleza no es la obra de un

minuto.
Espera y deja pasar el tiempo...

La paz.

Todos la deseamos; la necesitamos, como el pez necesita el agua; como la planta necesita la luz.

Pero desear la paz no basta; ¡como tampoco basta desear rosas si se quiere tenerlas en el jardín! Hay que plantarlas para tenerlas; podar, regar; y, cuando llega el mes de junio, el jardín está todo perfumado, porque todos los rosales están cubiertos de rosas, y todas las rosas abiertas.

¿Y qué hacemos para que la paz permanezca entre los hombres?

¿Qué haces tu para vivir en paz?

¿En paz con tus hermanos y hermanas, con tus padres y tus amigos; con tus compañeros de trabajo o de juego? Está claro que es por ahí por donde hay que empezar: por el que está próximo; no por el que está lejos. Es inútil querer reformar lo que pasa en la luna; pero puede ser útil reformar lo que pasa en la tierra; en tu país, en tu ciudad; en la casa que habitas; ¡en el seno de tu propia familia!

Pues para ti, tu universo, tu mundo, tu pequeña nación, es la familia donde la vida te ha puesto: el medio en el que has nacido; donde has crecido; el lugar donde te dedicas a tus tareas; donde te preocupas de tus cosas; donde sueñas con tu felicidad.

Es ahí donde la paz debe reinar en primer lugar, como debe reinar en todas partes.

Es ahí donde es preciso plantarla y cultivarla, día tras día hasta que esté tan sólidamente enraizada que ningún viento pueda llevársela; que ninguna tempestad pueda arrancarla, ni destruirla.

Y si tu haces esto en tu casa.

Y si tu vecino hace lo mismo en su casa.

Y si el vecino de tu vecino hace también lo mismo en la suya.

Y si todos los hombres de buena voluntad hacen lo mismo en las suyas, la paz que tu hayas cultivado en tu casa; la paz que tu amigo haya cultivado en la suya; esta paz que todos hayáis cultivado en vuestras familias y en vuestro alrededor, ¿no acabará por reinar en todas las casas de la ciudad? ¿No acabará por encontrar el camino, a través de las extensiones verdes del campo, hasta otras ciudades? ¿y de ciudad en ciudad, de país en país, más allá de las fronteras, de un continente a otro, hasta los confines del mundo, como todos lo deseamos?

Pero cultivar la paz, ¿qué quiere decir esto? ¿Y cómo se puede hacer?

Cultivar la paz es querer la paz; es vivir en paz con los demás hombres; es desear que todos los hombres vivan en paz unos con otros; y todas las naciones igual; y todos los países también.

Cultivar la paz, es hacer todo lo posible para apaciguar las querellas; impedir las disputas; retener a los que están a punto de agarrarse de los pelos; reconciliar a los que ya se enseñan los puños.

Cultivar la paz, es impedir todo acto de violencia.

Es ser justo.

Es buscar comprender lo que otros necesitan y procurárselo; es intentar adivinar lo que otros desean y dárselo.

Eso no es fácil.

Se trata a veces de renunciar a lo que nos es querido; dar, cuando es preciso, lo que habríamos querido guardar.

Pero para que la paz pueda penetrar en la humanidad, como la levadura debe penetrar en la masa, tiene que haber hombres de buena voluntad, héroes pacíficos que, como los santos, sepan dar...renunciar...sacrificarse...por la felicidad de los demás. Pues el don, ya ves tu, es algo maravilloso; el don hace milagros; y los que saben dar llegan a ser santos; y es esto lo que el mundo necesita; santos y santidad. Pues si el mundo estuviera habitado por santos, no habría guerras; la paz reinaría por todas partes y perpetuamente.

Pero el mundo está habitado por hombres como tu y yo: hechos de errores, faltas y equivocaciones; y de esas faltas, de esos errores y de esas equivocaciones nacen la pequeñas querellas de niños y las grandes guerras de los hombres.

Quizás eres muy joven aún para comprender esto; más tarde lo comprenderás.

Cuando vuelves del colegio y no encuentras la navaja que habías dejado en tu cuarto, te enfadas y piensas en seguida en tu hermano pequeño que ciertamente lo ha cogido, ¡y te preparas para administrarle una magistral paliza!

Y sin embargo, ¿necesitas verdaderamente esa navaja?

Después de todo, puesto que tu hermano tanto desea tenerla, ¿por qué no se la cedes? ¿es tan difícil?

Hay tantas cosas que verdaderamente no necesitamos y que llenan nuestros cuartos, nuestros sótanos y nuestros graneros.

Sí, ten ese detalle. Da esa navaja a tu hermano. Te harás tan rico por habérsela dado.

Nadie te lo dirá; tu solo lo sentirás. Y a medida que sepas dar más y mejor, te sentirás más rico, más dueño de ti, más independiente, más desprendido de cosas materiales; y es a esto a lo que debemos llegar: a estar desprendido de cosas materiales, pues son ellas las que impiden a la paz reinan en el mundo; ellas, quienes provocan las guerras, queriendo los hombres ser todos igual de poderosos, queriendo poseer siempre más; y, si los niños se pegan por una navaja o por una manzana, los hombres y las naciones se pegan por dinero, por minas de oro o de hierro, por territorios o colonias...

Y siempre es lo mismo: nadie quiere dar; nadie quiere renunciar a lo que codicia o le pertenece.

Uno prefiere atormentarse y pegarse;

uno prefiere morir y matar.

Pero la guerra es algo tan espantoso y dañino, que es preciso encontrar el medio de erradicarla de la humanidad.

Quizás me digas; “Cuando todos los hombres sean buenos, desinteresados y justos, no habrá guerras”. Eso está claro; nuestro primer esfuerzo debe tender a llegar a ser buenos, desinteresados y justos. Pero ese esfuerzo no es lo bastante eficaz, no lo bastante rápido, porque no será hecho más que por los hombre de buena voluntad cuyo número es pequeño; no será hecho por los hombres de mala voluntad cuyo número es grande.

Es necesario encontrar un medio más rápido; a ti te toca buscar; i y no me digas que eres demasiado joven para buscar, o demasiado pequeño! Las soluciones a veces son más sencillas de lo que se cree y más cercanas. Piensa en el huevo de Colón; nadie supo hacerle tenerse de pie, hasta que Cristóbal le cogió y le asentó, rompiéndole suavemente sobre el plato.

Sueño con una Sociedad de Estados que fuera virtuosa, justa y sabia, y a la que los Estados aportasen sus dificultades y sus conflictos, como las dos mujeres de Jerusalén llevaron ante Salomón el niño que cada una de ellas decía pertenecerle.

Y, como Salomón supo resolver el problema de las dos madres, porque era virtuoso y sabio ante Dios, la sociedad con la que sueño sabría encontrar una solución justa a los problemas difíciles de los países, porque sería virtuosa y justa ante Dios.

Oh Dios, haz de nosotros Tus hombres;

y de nuestra tierra, Tu reino.

Es el medio más seguro de hacer reinan en ella la paz.

Nada a medias.

Ya que eres exploradora, ¿por qué no lo eres más que a medias? ¿y por qué hay, en tu vida, tantas cosas hechas a medias? ¿casi acabadas, pero no acabadas; casi logradas, pero no logradas; casi bien, pero no bien?

Tienes poco tiempo, lo sé.

El día no tiene más que veinticuatro horas y el sueño ya nos lleva ocho! Pero ¿no es mejor emprender una sola cosa al día y hacerla bien, antes que emprender diez, quince o veinte y hacer mal todas?

Empezar la mañana arrollando a todo el mundo, porque estamos persuadidas de antemano que no nos será posible realizar nuestro programa demasiado apretado, es estropear la mañana a los demás y a nosotras mismas.

Vivir en una atmósfera de prisa, de tensión y de ajeteo, es ir por delante del agotamiento físico y el desánimo.

La vida nos solicita por todas partes.

Es preciso tener el valor de elegir.

Digámonos: quiero ser exploradora; haré esto y aquello también; en cuanto al resto, lo dejo decididamente de lado, porque mi día es muy pequeño, y mi vida muy corta.

* * *

Ya que eres exploradora, ¿por qué no lo eres más que a medias?

¿Tienes vergüenza de serlo?

¿Temes el juicio de ciertas personas?

¿Tienes miedo de volverte ridícula pregonando abiertamente tu ideal, lo que más amas?

¡Pero siempre somos ridículos para alguien!

¡Ridícula o estrecha, o extravagante, o molesta, o exaltada, o demasiado sabia, o demasiado boba! Es imposible contentar a todo el mundo; ya no es preciso quererlo; sino vivir según tu conciencia, esforzándote en hacer lo mejor.

* * *

Ya que eres exploradora, ¿por qué no lo eres más que a medias?

¿Hay cosas de las que dependes, a las que no puedes renunciar? ¿cosas que una

exploradora no debe hacer? pero entonces ¿quién te impide dejarlo?

Nadie te ha obligado a llegar a serlo.

Nadie te obligará ya a seguir siéndolo.

¡Y cómo quisiera saber convencerte que vale más para ti, para tu sección, para todo el movimiento, que no seas exploradora antes que serlo a medias!

¿O crees que llevar el uniforme como tu lo haces; ir a las reuniones, como tu lo haces; participar en los campamentos y en los cursos, como tu lo haces, bastan para ser exploradora?

No, eso no basta.

Esta parte exterior de nuestra actividad es necesaria; pero no es esencial; lo esencial, es siempre lo que pasa en nuestra alma, ese refugio donde nadie puede sorprendernos; donde estamos solos cara a nuestros pensamientos, a nuestros deseos, a nuestras tentaciones, nuestras dificultades, nuestros sueños también y nuestras oraciones; ese santuario donde los ruidos de fuera no pueden penetrar; donde venimos a adorar a Dios; donde Dios viene a instruirnos.

Tu alma ¿es un alma de exploradora?

Tus pensamientos ¿son pensamientos de exploradora?

Tus deseos, tus ambiciones, tus sueños ¿son deseos, ambiciones, sueños de exploradora?

Si no, ¿por qué llevar el uniforme? ¿ir a las reuniones? ¿participar en los campamentos y en los cursos?

No basta ser exploradora a medias, por fuera solamente; hay que serlo también por dentro; por dentro sobre todo.

Pero ¿qué es una exploradora para ti?

¿Has intentado definirlo?

Para mi, es una mujer con quien se puede contar; que dice sí, cuando es sí; no, cuando es no; que hace a conciencia lo que ha prometido hacer; que es fiel en las cosas pequeñas y en las grandes..

Para mi, es una mujer que ama la sencillez y que simplifica la existencia en lugar de complicarla; una mujer para quien es completamente natural que la comida del domingo no tenga más que dos platos en vez de cuatro, para que el descanso del domingo sea una realidad para todos, no solo una palabra; una mujer para quien es completamente natural poner un colchón en el suelo e improvisar un dormitorio cuando se trata de albergar a alguien; natural también, invitar al huésped inesperado

que se ha retrasado hasta la hora de comer a compartir esa comida, sin atormentarse porque los platos no son ni muy rebuscados, ni demasiado abundantes!

Para mi, es una mujer que necesita complacer y que desprende alegría casi sin saberlo, porque su corazón es cálido, desprovisto de egoísmo, vuelto enteramente hacia los demás y sus miserias; apartada de si misma y de sus preocupaciones. Una mujer que ama la vida tal como es; y cuyos ojos abiertos descubren siempre la última rosa en el rosal, la primera margarita al borde del camino, la única estrella entre las nubes de un cielo de tormenta.

Una mujer optimista incluso cuando está triste.

Una mujer confiada; una mujer serena.

Una mujer, en fin, que se ha dicho de una vez y para siempre que ha venido a este mundo y que quiere quedarse, para servir, no para ser servida; para ayudar, no para ser ayudada; para amar, no para ser amada.

Un mujer que ha prometido hacer todo lo posible para servir a Dios, a su familia, a su prójimo...

Una mujer que intenta mantener esta promesa en las pequeñas ocasiones de su existencia cotidiana, y en las grandes ocasiones que la vida, en su transcurso a veces tumultuoso, pone de repente ante nuestras conciencias trastornadas.

Una mujer que camina a través de la belleza y las dificultades de ese mundo con ese verbo, en ella, que no quiere olvidar : *servir*... Sí, eso es lo que queremos hacer - pero no a medias - hasta el agotamiento si es preciso; hasta estar consumida por el servicio como la madera es consumida por la llama.

¿Se nos puede pedir más?

¿Y puedes tu proponerme una razón de vivir mejor o más bella?

La felicidad.

La felicidad no está enganchada en la luna, suspendida en algún astro lejano; no está sobre Júpiter, Marte o Neptuno, sino al alcance de tu mano.

La felicidad no está más allá de los mares, en un mundo celeste, maravilloso, incierto... Está en nuestra propia tierra, al alcance de tu mano.

La felicidad no está en una isla lejana, en alguna parte, en el Océano terrible; está entre nosotros, en la llanura, en tu apacible casa.

La felicidad no está en un castillo grandioso habitado por reinas y reyes; está en tu jardín de rosas, en tu casa de madera.

La felicidad no está en una noche veneciana hecha de música y amor; está en las cosas cotidianas, que encuentras cada día.

La felicidad no está en una gran ciudad donde se habla de riqueza y alegría; está en tu habitación tranquila, muy cerca de ti.

La felicidad no está en las cosas que se esperan y se reclaman al día siguiente; está en las que nos rodean y reposan en nuestras manos.

Naturaleza.

Para mi, siempre es una fiesta
atravesar la hierba alta de un prado:
el grillo canta, y los saltamontes
se dedican a chirriar...
Hay como un rumor suspendido en el espacio,
un gran encantamiento;
mil batir de alas
infinitamente pequeñas;
pequeñísimos grititos;
vibrantes llamadas
de una umbela a otra umbela,
por encima de las gramíneas
y los racimos inclinados
las salvias y las pimpinelas...

Y el zumbido de los insectos
nos llega envuelto
en el perfume cálido del verano;
en el aroma enervante,
tan penetrante,
de la hierba en plena madurez.

Y el viento
nos sopla en la cara
un enjambre de granos silvestres
que se esparcen perdiéndose;
y la mariposa
cruza con su compañero,
y en un doble torbellino
echa a volar vacilante;
y el sol lanza su luz,
irradia su calor,
sobre esta parcela de tierra
donde se vive, donde se muere,

sobre la hierba, bajo una flor,
perfectamente ignorada
en esta inmensidad
que puede ser un prado...

¡No, nunca me has decepcionado, naturaleza!
Eres el artista que prefiero,
y el sacerdote que me absuelve;
para mi, has sido una madre
que mece a su niño en sus rodillas.
Tu grandeza, tu color, tu voz, tu luz
me embriagaban ya, cuando era niña;
y ahora todavía, basta para encantarme
que me detenga simplemente en medio de tus prados...

El grano de trigo.

Como soy,
débil de cuerpo y débil de espíritu,
utilízame, gran Dios,
para el bien de los hombres,
no para el mal;
utilízame, para la alegría de todos,
no para el sufrimiento;
para el consuelo,
no para la rebelión;
para el avance,
no para el retroceso;
para la ascensión,
no para la caída.

Como soy,
débil de cuerpo y débil de espíritu,
utilízame, gran Dios,
para el bien del mundo,
no para el mal;
que sea una fuerza buena,
no una fuerza mala;
una claridad,
no una oscuridad;
un verano,
no un invierno;
el viento de primavera,
no el huracán;
la serenidad,
no la tempestad;
¡un perpetuo día de fiesta!

¡El mundo es tan grande!
y nosotros somos tan pequeños...

Pero tal como somos,
débiles de cuerpo y débiles de espíritu,
utilízanos, gran Dios,
para el bien de la humanidad,
no para el mal;
que seamos *la sal de la tierra;*
la lámpara que ilumina;
la casa construida sobre la roca;
la ciudad edificada en la montaña;
y además, *ese grano de trigo*
perdido en el campo,
que muere para dar mucho fruto...

ÍNDICE

Resumen biográfico	5
Sal del cuarto estrecho	7
Ser auténtica.	8
Si preguntas por qué.	8
Derrama la alegría.	9
Ser tu misma una obra de arte.	13
Elegir la buena dirección y después partir.....	16
Párate un momento.	18
Partir por la mañana.	19
Deja solamente ese pequeño tragaluz abierto sobre el jardín del mundo.	21
Un jefe.	23
La promesa.	24
Sencillez.	26
Solidaridad.	29
Bondad.	34
El Campamento.	39
Te he elegido.....	41
La noche ha llegado.	44
El fuego está encendido	45
Lo que Tu me des, lo acepto.	46
Ser pura.	48
Estate preparada.	49
Amar a los hombres.	51
Promesa de las pequeñas.	54
Morir.	57
La paz.	61
Navidad.	62
Oración por el año nuevo.	63
La casa tranquila.	64
Una capilla.	66
Si quieres, Dios mío.	67
Amor.	69

Que así sea.	70
Reposo.	72
Pon en nosotros la fuerza de vivir sencillamente	73
Serás jefe.	75
Navidad.	77
Las dos alegrías.....	79
¿Dónde vas?	81
No sé decir gracias de otra manera.	83
Dales una felicidad como compañero de ruta.	84
La felicidad.	85
Humildad.	89
Amar.	90
Si viene a ti la felicidad... ..	94
Sufrimiento.	95
Navidad 1928.	96
La verdad.	99
Cultiva tu jardín.....	102
No te ocupes de lo que dicen los demás.....	103
Sufrimiento, puedes venir.	104
No necesito... ..	106
Ejemplo.	107
Señor.	108
Paciencia.	110
La paz.	112
Nada a medias.....	115
La felicidad.	118
Naturaleza.	119
El grano de trigo.	121

NOTAS